

LOS ASTROS TIENEN MIEDO

JOHNNY GARLAND

Nos hemos perdido.

Se miraron. Era Ralph Wallach quien había hecho la declaración rotunda, concreta.

Y lo malo es que nadie dudó de ella. La aceptaron con su simple, plena y escalofriante lógica.

—Perdidos… —repitió Héctor Larsen, paseando hacia uno de los visores ovalados de la cámara de control—. *¡Perdidos!…*



Johnny Garland

Los astros tienen miedo

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 308

ePub r1.0
LDS 11.07.18

Título original: *Los astros tienen miedo*
Johnny Garland, 1963).
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Todo en todas partes, incluso en los más lejanos confines del Universo, tiene siempre su explicación lógica y razonable. Hasta lo que parece imposible puede explicarse por leyes físicas.

Sólo que a veces… precisamente esas mismas leyes parecen tan inmateriales y fantásticas, que en nada se asemejan a lo que nosotros estamos habituados a considerar «lógico»…

LOS ASTROS TIENEN MIEDO



Primera Parte

CAPÍTULO PRIMERO

EXTRAVIADOS



os hemos perdido.

Se miraron. Era Ralph Wallach quien había hecho la declaración rotunda, concreta.

Y lo malo es que nadie dudó de ella. La aceptaron con su simple, plena y escalofriante lógica.

—Perdidos… —repitió Héctor Larsen, paseando hacia uno de los visores ovalados de la cámara de control—. *¡Perdidos!*…

—Nunca debimos hacer este viaje —intercaló agriamente Luther Braun—. Es como… como suicidarse. Sólo que, a veces, el suicidio premeditado es más piadoso.

—No digas estupideces, Luther —le atajó con irritación Rhonda Stuart—. Nadie ha pensado aquí en suicidarse. Simplemente, nos hemos extraviado. Eso es todo.

—Es todo —afirmó con sarcasmo Héctor Larsen—. ¿Te parece

poco, Rhonda?

—Me parece mucho y muy grave. Pero no demasiado —sostuvo altivamente Rhonda, echando atrás su roja melena con un movimiento peculiar de cabeza—. Después de todo, no hacemos un crucero de placer, ni una travesía garantizada. Sabíamos lo que era esto cuando se inició. No nos engañó nadie, ni nos pintaron el viaje de color de rosa, ¿no es cierto?

—Rhonda tiene razón. —Ahora fue otra mujer, Eileen Cortland, la que apoyó a su compañera. Eileen era alta, muy delgada y de un rubio pajizo. Era bonita y espiritual. Era también muy serena e inteligente—. No nos llamemos a engaño, Luther. Tú y todos nosotros aceptamos esto porque era mejor que quedarse allá, en la Tierra… esperando lo peor.

—La «curación espacial» —rió sarcásticamente Janet Owens, la tercera dama de la expedición, una joven morena, menuda, nerviosa y de agresivas formas—. La salud por el tratamiento fisioterápico en los espacios siderales, sometiendo nuestros pobres organismos enfermos a radiaciones que en la Tierra no soportaríamos. La genialidad de la Medicina del Espacio, aplicada por primera vez a seis condenados a muerte. ¡Todo un éxito…, si llegamos a alguna parte! Cosa que, sinceramente, no creo en absoluto.

—Se equivoca en algo, Janet —cortó el séptimo personaje de la expedición, el hombre que aún no había hablado desde la rotunda observación de Ralph Wallach, señalando su extravío en el Cosmos —. No es la primera vez que se aplica la Medicina del Espacio a alguien. Y usted lo sabe.

—Cierto. —Janet, agresiva, se volvió hacia Martín Savage, piloto-guía de la expedición astral—: Usted lo ha dicho. No es la primera vez… sino *la segunda*. Por favor, usted puede hablarnos más concretamente sobre esto, ya que viajaba en la primera expedición a los cielos, con los enfermos sentenciados a morir si permanecían en la Tierra. ¿Cuál fue la curación milagrosa de sus anteriores pasajeros, señor Martín Savage?

El aludido inclinó la cabeza. Parecía vencido por la irónica dureza de la morena y bella muchacha. Confirmó, con voz ronca:

—Bueno, eso es cierto. No se logró nada positivo. Ellos… murieron.

—Murieron. —El sarcasmo era insultante en la voz de Janet

Owens—: ¡Murieron los enfermos! ¿Han escuchado eso? Un gran acierto de la Medicina Espacial, ¿no es cierto, señor Savage?

—Deje sus sarcasmos, Janet. Ellos… hubieran muerto igual, de quedarse en la Tierra. Sus tumores malignos estaban en proceso muy avanzado. Como…

—Como *nosotros*, ¿verdad? —atajó heladamente Luther Braun.

—No he dicho eso.

—Pero lo iba a decir. Lo ha sugerido, Savage.

—Bien, ¿y qué si así fuera? —Se revolvió el piloto, agresivo—. Ya no son ustedes niños para andarse con rodeos ni subterfugios. Saben que los médicos les desahuciaron. La ciencia médica normal nada puede hacer. Y es ahora cuando empieza a desarrollarse la Medicina del Espacio con la aplicación al organismo humano enfermo de ciertas radiaciones contenidas dentro de la nave, que proceden de rayos cósmicos debidamente canalizados por un sistema radioterápico envolvente que nos rodea en esta nave. Ese bombardeo masivo de los tejidos enfermos no podría soportarse en la Tierra. Los rayos cósmicos allí serían mortales de necesidad. Aquí sólo lo son para las células atacadas por el tumor. Y el tumor desaparece por completo.

—Pero el paciente muere.

—El paciente moriría igual en la Tierra. Se intenta destruir la enfermedad. En nuestro siglo XXI, continuando las maravillas del pasado, se está intentando la Medicina Especial como remedio básico para tumores malignos. Todos ustedes son enfermos que no vivirían más de un año en la Tierra. Se va a intentar que sobrevivan… aunque sea pasando un período de varios años en un mundo distinto, donde sus organismos se desintoxiquen de la energía radiactiva acumulada. Para ello se ha dispuesto el Asteroide-Hospital R-106, dotado con todo lo preciso para vivir una serie de años lejos de la Tierra, sin necesidad de nada.

—Ni siquiera de esposas y de hijos —rió agudamente Héctor Larsen—. Se nos ha tratado como a los animales de Noé. Hembra y macho de la especie. Podemos casarnos, tener hijos…

—Sí. Como capitán legal de la nave, estoy facultado para casar a quienes así lo deseen —afirmó Martín Savage.

—Todo eso me hace sentir un poco «conejillo de indias» —jadeó Luther Braun—. Se experimenta con nosotros un nuevo sistema de vida y de procreación «espacial».

—Acabemos, señores —atajó Martín Savage secamente—. Todos ustedes, de entre miles de enfermos, fueron elegidos, previa solicitud y aceptación plena de las condiciones de este vuelo sideral. No pueden ahora culpar a nadie.

—¡Podemos culparle a usted, Savage! No vamos al Asteroide Hospital R-106. Nos hemos extraviado… ¿Qué será de nosotros ahora?

—No sé. No puedo saberlo. Nadie lo sabría en este caso. Es un imponderable, y no estoy preparado para saber el futuro. Sólo puedo decirles que, en la historia del mundo, hubo muchos náufragos que sobrevivieron.

—Nosotros no somos náufragos en el mar terrestre, sino en el vacío, en el Universo —le recordó Ralph Wallach seriamente—. ¿Es el mismo caso?

—¿Por qué no?

—Los náufragos del mar, encontraban islas…

—El Universo es un océano cuajado de islas —sentenció Savage, ceñudo—. Todo consiste en… en hallar una lo bastante buena para nosotros. Mientras tanto, los rayos cósmicos siguen obrando sobre sus naturalezas. Ustedes mismos dijeron que sus dolores han desaparecido. En los días que llevamos a bordo, han engordado y mejorado notablemente de aspecto. Eso es halagüeño.

—Lo sería… si la primera expedición no hubiese sido un fracaso —se lamentó Eileen Cortland—. Otros seis murieron. La terapéutica fue inútil, porque falló el aspecto técnico del viaje espacial. Como está sucediendo ahora…

Martín Savage no dijo nada. Caminó hasta uno de los ovalados visores, y miró a la negrura infinita, donde las estrellas lejanas brillaban límpidas, sin un parpadeo. Como inmensos diamantes colgando de la Nada…

—Tal vez no fuese el aspecto técnico el que falló —dijo en un murmullo—. Tal vez fue el humano…

—¿Qué quiere decir? —saltó vivamente Rhonda Stuart.

—Nada. Nada…

Se encaminó a la puerta metálica de comunicación con las cabinas de literas. Desapareció por ella. La cerró tras de sí.

Los seis viajeros se miraron. Eran tres hombres y tres mujeres, confiados y esperanzados hasta entonces. Ahora, esa confianza se había eclipsado. Tenían miedo y no lo ocultaban. Miedo de que todo hubiera sido inútil. Miedo de que la vida, a fin de cuentas, se les escapara con igual sencillez que allá, en la clínica terrestre de donde salieron para el gran experimento del «Pilgrim III».

—¿Qué habrá dado a entender Savage con lo que dijo? —se preguntó, en voz alta Héctor Larsen.

—No sé. Pero creo que es un error proporcionarnos un piloto que ya estuvo antes en el espacio con otra expedición de enfermos… y regresó sólo a la Tierra.

Las palabras de Luther Braun tuvieron la virtud de envarar a los demás, con aire de sorpresa.

—Cuidado, Luther —avisó Ralph Wallach, con voz tensa—. No acuses a nadie ni sugieras cosas oscuras, sin estar seguro de lo que dices. Martín Savage es un buen piloto, con título especial de Guía del Espacio, en la Mundial de Cosmonáutica. Es también enfermero-practicante. Su hoja de servicios es impecable, o no estaría ahora aquí. Su versión del accidente, que terminó con las vidas de los anteriores viajeros, ha sido clara y concreta. La Comisión la aceptó sin vacilar, y ha confiado nuevamente en él. Será mejor no poner eso en tela de juicio. Si ese hombre flaquea en su fe, podemos irnos todos al infierno.

—¿Adónde crees que vamos ya?

—No lo sé. No lo sabemos nadie, ni siquiera Savage. —Se inclinó Ralph sobre el cuadro de mandos, donde el piloto automático situado por Martín, se mantenía en rumbo perfecto. Aparte eso, los indicadores de vuelo de la astronave «Pilgrim III» señalaban claramente, en las esferas graduadas, el extravío de la nave, que seguía una ruta diferente a la prevista, y de la que no parecía capaz de salir, atraído acaso por magnetismos o gravitaciones planetarias insospechadas.

—Si tan buen piloto es, ¿por qué no evita que sigamos extraviados, perdidos en el espacio, tan lastimosamente? —se quejó Eileen Cortland.

—Hay cosas que ni el más experto puede evitar —replicó Ralph

—. Ha conducido bien la nave, los controles funcionan perfectamente… Sólo que no seguimos la trayectoria fijada.

—¿Por qué?

—Si yo lo supiera… —Wallace se encogió de hombros—. Ni siquiera Savage lo sabe. Hay algo que escapa a su control y a la fuerza reactora que mueve al «Pilgrim III». Tal vez, como en los mares, el espacio posea corrientes cósmicas, que puedan arrastrarle a uno sin rumbo fijo, haciéndole dar tumbos por el océano de vacío…

—¡No puedo creerlo! —dijo Luther.

—Déme otra explicación mejor y admitiré mi error —se irritó Ralph, encarándose a Luther Braun.

—Ya está bien de discusiones. Si seguimos peleándonos así, es posible que curemos de nuestros tumores, pero también es muy posible que terminemos enfermos de los nervios, histéricos y enloquecidos. —Héctor Larsen se expresaba, parpadeando con viveza tras los cristales de sus gafas montadas en oro—. Sea lo que sea, mantengamos la calma y la disciplina. Confiemos en Martín Savage. Y, si en vez de ir a ese Asteroide-Hospital, dispuesto por la Medicina del Espacio de nuestro planeta, caemos en otro lugar, confiemos en que sea habitable y en que lleguemos a él con vida. Cosas ambas que están solamente en la mano de Dios.

Se hizo un silencio dentro de la nave sideral donde viajaban los pacientes sometidos a la curación por rayos cósmicos controlados.

Y, justamente entonces, en algún lugar de la nave, más allá de la puerta metálica que cruzara Martín Savage, único pasajero del «Pilgrim III», aparte los seis enfermos allí presentes, se oyó un grito ronco, y luego otro grito más prolongado y agudo. Gritos proferidos dramáticamente antes de que sonara una detonación seca, violenta, casi espasmódica.

Un cuerpo pesado cayó en el suelo metálico de alguna dependencia de la nave sideral. Luego, se oyó un taconeo rápido, el de unos pasos que se alejaban.

Palidecieron los seis. Se miraron entre sí. Todos pensaban igual. Pero únicamente Héctor Larsen tuvo el valor de mencionarlo en voz alta:

—Esos gritos… fueron proferidos por *dos gargantas diferentes*…

—Pero ¡si sólo está Martín Savage a bordo, fuera de esta

cámara! —jadeó Janet Owens, muy pálida.

—Lo cierto es que alguien ha caído —terció gravemente Ralph Wallach—. Y que hay otra persona en pie, caminando por la nave…

Capítulo II

SÉPTIMO PASAJERO


penas si siguieron unos segundos de silencio y de estupor a esa declaración concreta.

Dos o tres segundos. Pero, a ellos, les pareció una eternidad. Luego, como llevados de un impulso colectivo, se lanzaron hacia la puerta metálica. Antes de alcanzarla, uno se adelantó a los demás, con los brazos en cruz.

—¡Esperen! —avisó—. Si hay «alguien» a bordo, de quien no tenemos noticia… puede ser un enemigo. ¿Quién lleva un arma?

Nadie la llevaba. Y la sugerencia era tan razonable y prudente, que convinieron en que Ralph Wallach tenía razón también esta vez. Héctor Larsen corrió a descolgar de una panoplia, en el muro curvo de la nave espacial, una pistola térmica, a propósito para utilizar a bordo de una astronave, sin peligro para su seguridad.

—Yo tomaré esto —dijo resueltamente Luther Braun, aferrando

una afilada hacha de mango rojo, plastificado, y hoja rectangular. Formaba parte de los instrumentos y herramientas de a bordo, dispuestas para posibles trabajos en el vuelo sideral o en su arribada a destino. Ahora, podía tener una utilidad imprevista—: Las mujeres harán bien en quedarse aquí o seguirnos en segundo término. Como Wallach ha dicho muy bien, ignoramos lo que sucede al otro lado de esa puerta…

Nadie objetó nada. Fue Wallach quien abrió la hoja metálica, sin problemas. Todas funcionaban electrónicamente, y un fallo en el sistema de a bordo podía atascarlas. Pero no era ése el caso.

Se hallaron en el angosto corredor descendente que llevaba a las salas de reactores de cola, después de haber pasado previamente por las cuatro puertas de cabinas con literas y del acceso a los compartimentos de vacío, de producción de oxígeno, a los refrigeradores y a las cámaras-estanco de salida al exterior.

Allí estaba Martín Savage. Tendido al fondo del corredor en declive. Boca abajo, y al parecer inconsciente. Era indudable que su cuerpo produjo el golpe percibido claramente por todos.

—Tal vez se cayó —dijo serenamente Eileen Cortland—. ¿No será todo una falsa alarma?

—Savage parece sin sentido —cortó, glacial, Larsen—. Y nadie produce el ruido de pasos, una vez inconsciente, Eileen. Todos oímos esos pasos, ¿no es cierto?

Era incuestionable. Wallach avanzó hacia Savage, en tanto Braun se sentía satisfecho de llevar su hacha en la mano, y Larsen recorría todo el corredor con mirada penetrante, apuntando con su pistola térmica ante sí, resuelto a todo.

—Oficialmente, seis pasajeros y un tripulante especializado formaban la expedición clínica del «Pilgrim III» —recitó con ironía Rhonda Stuart—. ¿Habrá un séptimo pasajero?

La idea no gustó a nadie. Aquello no era un ferrocarril o un avión, para llevar un vulgar polizón. Si había alguien a bordo de la astronave, no podía esperarse nada bueno de él.

—Está herido —dijo Wallach, arrodillado junto a Savage—. Algo le golpeó en la sien. Tiene un corte que sangra.

—¿Grave? —preguntó Janet Owens.

—No lo parece. —Ralph estiró la mano, tomando el rollo de cinta adhesiva desinfectante que Eileen Cortland le tendía sin

palabras. La aplicó al corte de Savage, que dejó de sangrar.

—¿Pudo producírselo alguien?

—Claro. Pero también pudo causárselo él al caer. Hasta que no vuelva en sí, no sabremos si realmente…

Se detuvo Wallach. Todos los demás, como él mismo, giraron la faz hacia el fondo del corredor, donde zumbaban los reactores a fotones de la astronave. En el vacío exterior, carente de ondas sonoras, no produciría el menor ruido, pero, en la atmósfera artificial de la nave, eran perfectamente audibles.

Como había sido audible aquel roce suave, sigiloso, en alguna parte de la sala de reactores.

El roce de unas pisadas cautas, casi felinas.

—Bueno, ya no hay dudas —silabeó roncamente Luther Braun —. Hay alguien a bordo. Y sabemos dónde está…

Él, Wallach y Larsen se movieron. Esta vez, Larsen y Braun cuidaron de dejar atrás a Wallach, que iba desarmado, y rompieron marcha ellos, con sus armas a punto de entrar en acción.

Súbitamente, a sus espaldas, sonó una voz:

—¡Cuidado, no entren ahí! No entren… o él les matara.

Se pararon en seco, sobresaltados. Wallach giró la cabeza. Era Martín Savage.

Había vuelto en sí. Sacudía su cabeza, apoyándose en Eileen Cortland para incorporarse. Señaló al fondo del corredor cilíndrico, de suelo abombado, y repitió, con voz entrecortada por el pánico:

—No vayan. Es… es un asesino.

—¡Un asesino! ¿Quién, Savage? —jadeó Braun.

—Él que me atacó. El séptimo pasajero de esta nave…

—¡Luego hay un séptimo pasajero, después de todo! —chilló Janet Owens.

—Claro que lo hay. Me atacó inesperadamente. Tenía tanta idea de su existencia a bordo como podían tenerla ustedes. No sé cómo entró, pero lo hizo, burlando todos los sistemas de seguridad y de control de la nave. Viajamos, por tanto, ocho personas. En una nave donde sólo siete están autorizadas a viajar.

—Usted dijo que es un asesino —le recordó Héctor Larsen—. ¿Es cierto?

—Sí, lo es.

—¿Cómo lo sabe, Savage?

—Quiso matarme. Al defenderme yo y producir ruido, tuvo miedo y se contentó con un ataque superficial; después escapó.

—Usted puede suponer que es un asesino y las intenciones que llevaría, pero no puede saberlo positivamente, Martín —le replicó Rhonda Stuart.

—No, no. Yo lo sé, Rhonda. Lo sé con absoluta seguridad.

—Acabemos —se impacientó Braun—. Debemos entrar ahí a capturarle, sea quien sea. O puede dañar irreparablemente los reactores… ¿Sabe quién es él?

—Por supuesto que lo sé. Lo he visto antes de ahora, en la Tierra.

—¿En la Tierra?

—Sí. Él es… es el hermano de Albert Farrell, uno de los viajeros que murieron en el anterior viaje al espacio donde yo fui piloto-guía.

—¿Y qué ha venido a hacer aquí?

—Matarnos. Matarnos a todos —silabeó Martín Savage, apoyándose en el muro curvo del corredor—. No sé por qué, pero quiere hacerlo…

—¡Miente! ¡Miente! —aulló una voz dura, violenta, al fondo del pasillo—. ¡Está mintiéndoles a todos!

Se volvieron. Siete rostros tensos y dramáticos contemplaron la figura enjuta, felina, que emergió en el fondo del corredor, empuñando un arma temible: una pistola desintegrante, de carga termoeléctrica.

Era la figura de un hombre muy joven, atlético y ágil. Un hombre rubio, de rostro violento, crispado, de ojos centelleantes de odio.

—¿Qué es lo que está diciendo? —replicó agriamente Luther Braun.

—¡Les digo que él miente! ¡Martín Savage es un embustero y un cobarde! ¡He venido a matar, sí! ¡Pero no a ustedes… sino a él! ¡Solamente a él!

—¿A Martín Savage?

—¡Sí!

—¿Por qué quiere matar a Martín Savage, nuestro piloto-guía?

—¡Porque él mató antes a otros seres, a bordo de una nave como ésta! ¡Lo mismo que les matará a todos ahora, en este viaje!… ¡Así

hizo morir a mi hermano! ¡Él fue el culpable!

* * *

—¿Eso… eso es verdad, Savage?

Martín Savage no respondió. En vez de eso, se quedó mirando al que le hacía la pregunta, tras un silencio largo y dramático.

—¿Con qué derecho me pregunta eso, Braun?

—¡Responda, Savage! ¿Mató usted a los enfermos anteriormente sometidos a su guía y cuidado?

—No tengo por qué contestar a eso —replicó agriamente Savage. Miró al joven armado. Y añadió—: En cuanto a ese intruso…, yo mismo me cuidaré de darle caza, sin que ustedes tengan que jugarse el pellejo.

—¡No se acerque, Savage! —rugió el intruso—. ¡Le mataré a hora mismo, ante todos!

—No lo harás, Farrell —sentenció con una dureza sorprendente la voz del piloto del «Pilgrim III»—. Sé que no lo harás…

Avanzaba hacia el polizón. Con paso lento, firme, seguro. Los demás, formando un grupo expectante, se quedaron atrás, a la espera de lo que resultase de aquel encuentro.

Los dos hombres estaban frente a frente.

—¡No siga! —gritó Farrell—. ¡Quieto ahí, maldito asesino!

Savage no se detuvo. Dio un paso más. Dos, tres, cuatro…

Farrell levantó su temible arma. Un solo impacto, un fogonazo azul en pleno rostro de Savage…, y la cabeza de éste se volatilizaría, sin dejar el menor rastro. Sería su muerte.

Y el dedo del joven temblaba sobre el resorte de disparo. Iba a tirar. Lo haría de un momento a otro. Martín Savage no parecía temerle, ni siquiera preocuparse por ello.

En vez de eso, seguía adelante. Paso a paso. Inexorable. Resuelto. Suicida.

—¡No lo haga, Savage! —Fue Rhonda Stuart, la pelirroja, quien gritó con terror; ante el peligro inevitable—. ¡Van a matarle!

—No, no va a matarme nadie —sonrió extraña, glacialmente Savage, sin dejar de moverse hacia el joven polizón de la astronave —. Él no lo hará. Sé que no lo hará.

—¡Se equivoca! ¡He venido exclusivamente a eso! —jadeó

Farrell—. ¡Juré que vengaría la muerte de mi hermano y de todos los demás, la cobarde ruindad que hizo con ellos, dejándoles morir en el espacio, llevándoles a la muerte… y librándose usted de esa misma suerte, para convertirse en algo así como un héroe superviviente! ¡Esta vez no va a salirse con la suya! ¡Ha procurado que todo se repita, que todo sea igual que en el anterior viaje, y la nave se extravíe en el espacio, para así usted escabullirse, dejándoles morir a todos, y regresando a la Tierra!

—Eso es grave, Savage —avisó glacialmente Luther Braun—. Ese muchacho tiene razón en algo, por lo que veo. Es cierto que murieron sus anteriores pasajeros. Y es cierto, también, que nos hemos extraviado.

Martín Savage ni siquiera le hizo caso o se volvió a él para replicar. En vez de eso, continuó plantado delante del arma de su antagonista, ahora rígido, sin mover un pie o una mano, puesto que la distancia entre ambos era mínima. Lívido, convulso, el joven intruso estaba al filo mismo del histerismo final. El que marcaría la desintegración del cráneo de Savage y, por tanto, el final de su propia vida…

—Ya ha oído a sus pasajeros —silabeó el joven Farrell; se mordió el labio inferior, mezclados sudor y lágrimas en su rostro convulso—. Ellos mismos empiezan a darse cuenta de la clase de guía que llevan en este viaje al infierno. Saben que voy a borrar del mundo de los vivos a un perro traidor, cobarde y ruin, sobre cuya conciencia hay ya varias muertes… ¡No se mueva!

Martín Savage se movió, a pesar del grito de Farrell. Éste alzó su arma una pulgada más. Y disparó. Apretó el resorte, con la boca del cañón de su arma desintegrante, fija en el rostro tenso del piloto-guía del «Pilgrim III».

Pero había vacilado en el momento de matar. Había tenido una indecisión de décimas de segundo. Lo suficiente. Y algo con lo que, al parecer, Martín Savage había contado previamente.

Esa leve indecisión salvó su vida, su cabeza, por encima de la cual silbó el agudo chorro azul de la carga desintegrante. Ésta alcanzó los muros del corredor cilíndrico; pero la protección antitérmica de esos muros limitó el daño corrosivo del proyectil a una simple mancha oscura, a un leve goteo de metal candente. En el lugar donde hizo impacto el proyectil termo-desintegrante quedó

una arrugada, retorcida grieta. Y nada más.

Después, Farrell recibió dos martillazos secos y formidables de los nudillos de Savage, y se derribó aparatosamente. Al sentir su muñeca brutalmente retorcida por los dedos nervudos de Martín, dejó caer el arma.

Gimió, luchando y revolcándose. Un tercer directo del piloto le dejó inerte. Savage se inclinó con celeridad, tomando el arma caída. Jadeaba al incorporarse, arma en mano. Podía ser azar que apuntara a los seis pasajeros de la astronave, pero hubo quien imaginó que no era así, a fin de cuentas.

—Bueno, terminó el incidente —silabeó Savage—. Pudo haber tenido peores consecuencias.

—Especialmente para usted, Savage —apuntó fríamente Janet Owens, mirándole con gesto hostil, con un relampagueo de furia en sus ojos oscuros, y una apasionada palpitación que agitaba rítmicamente su potente busto.

—Sí, especialmente para mí —sonrió el piloto—. Usted tiene razón, Janet Owens. Por eso he tenido que ser yo quien resolviera la situación.

—¿Por qué nos apunta con esa arma? —dijo agriamente Luther Braun, enarcando las cejas—. No somos sus enemigos… todavía.

—Oh, no me di cuenta. —Savage se encogió de hombros, y guardó el arma tras ajustar su resorte de seguro—: Disculpen si les encañoné sin advertirlo. Yo no desconfío de ustedes.

—¿Y si nosotros desconfiamos de usted? —argumentó Larsen.

—Estarán en su derecho. ¿Puede darme las razones de tal desconfianza, Héctor?

—Claro. Todos las saben. Hemos oído lo que ese muchacho, Farrell, le dijo a usted. Existe la certeza de que seis pasajeros anteriores murieron en el viaje, en vez de sanar. Nadie sabe cómo sucedió, porque sólo se cuenta con su testimonio, y usted puede mentir.

—Siga, Larsen.

—Por otro lado, es cierto que nos extraviamos. ¿Sucedió igual en su anterior viaje, Savage?

Hubo un silencio tenso. La pregunta de Héctor Larsen parecía haber puesto el dedo en la llaga. Y todos esperaban con viva ansiedad la respuesta. Una respuesta que tardaba en llegar. Si es

que realmente iba a llegar alguna vez.

—Vamos, estamos aguardando Savage —rió con sarcasmo Luther Braun.

Martín Savage sudaba. La transpiración estaba cubriendo su frente amplia de una fina película húmeda, que las luces fluorescentes y crudas de a bordo resaltaban con un brillo frío.

Los ojos grises, metálicos, duros y glaciales, del guía-piloto, no se apartaban del grupo de los pasajeros del «Pilgrim III». No parpadeaba, no parecía temer ni intimidarse ante ellos. Pero había algo de tigre en acecho en aquel gesto.

—Me piden una respuesta concreta. Una respuesta que no tendría por qué darles —silabeó Martín al fin—. Pero se la voy a dar.

—¿Será capaz de decir la verdad, Savage? —dudó Janet Owens.

Martín la miró tan glacial y hoscamente como ella misma lo hacía al mirarle a él. Y replicó:

—Yo sé que es la verdad. Pero ninguno de ustedes tiene por qué creerme. Es más, ni siquiera quieren creer. Les voy a ser sincero, sin embargo. Les guste o no. Y piensen lo que quieran.

Hizo una corta pausa. Respiró con fuerza, apretó los labios, mirándoles con dureza, y remachó:

—Sí, es cierto. También el «Pilgrim II» se extravió. Y ése fue el principio del fin…

—El fin de los demás, no el suyo —apuntó con maligna intención Luther Braun.

Los ojos de Savage llameaban.

—¿Cree que deseo vivir? —masculló—. ¿Imagina que no he deseado mil veces haberme quedado con ellos, haber muerto de una vez por todas? Cualquier cosa es mejor que vivir con la sospecha, con la acusación reflejada en los ojos de los demás, con el derrumbamiento de unos años de experiencia y de buenos servicios en vuelos siderales. Yo, Martín Savage, hubiera deseado perecer con ellos. Y no fue posible. No sucedió así. ¿Qué puedo hacer yo, qué puedo decirles a ustedes para justificar el hecho de que siga con vida mientras otros murieron?

Se crispaba su faz, temblaban sus labios, habitualmente duros y enérgicos. El sudor aumentaba copiosamente en su faz, y corría en regueros por la epidermis, como la lluvia en los cristales.

—Está bien —musitó Eileen piadosamente—. No siga, Savage. No quiero saber más.

—¡Yo sí! —cortó duramente Luther Braun—. Vamos, hable. ¿Qué sucedió después de extraviarse? ¡Hable!

La mirada del piloto se clavó en él. Hubo unos segundos de silencio tirante. Luego, la voz de Savage sonó sin una sola vacilación:

—No, Braun. No hablaré. Lo tengo prohibido. Lo que yo he referido acerca del vuelo anterior, forma parte del informe secreto dado a la Central de Cosmonáutica. Me han exigido absoluto silencio.

—¡Con nosotros, no puede mantener ese silencio! ¡Estamos metidos en esto, y elegimos una explicación! ¡Queremos saber, al menos, cómo vamos a morir!

—Lo siento —meneó negativamente la cabeza Savage—. No pueden saberlo. La nave se ha perdido. No hemos logrado rectificar el rumbo. Estamos en manos de Dios.

Se encaminó a la puerta de una de las cabinas de literas, aquélla que él compartía con Ralph Wallach. Parecía dar por terminada la discusión. Braun no pareció satisfecho con ello.

Lanzóse a la carrera, y le aferró por las ropas, con furia.

—¡No se irá así, Savage! —aulló—. ¡Va a hablar! ¡Le exijo que hable inmediatamente! ¡Vamos, maldito cobarde!…

Era más de lo que podía soportar Savage. Bruscamente, alzó sus brazos con fuerza, se soltó de Braun, cuyas manos se arrancaron de sus ropas, por la violencia del doble golpe en sus brazos. Luego, cuando quiso aferrar de nuevo al piloto, éste le dobló de un directo al hígado. Un segundo golpe que hizo crujir su mentón, lo derrumbó a los pies de los demás viajeros, sorprendidos e inmóviles ante el nuevo brote de violencia.

—¡Es mi respuesta a todo el que quiera saber lo que sucedió en el viaje anterior! —rugió Martín Savage, antes de desaparecer, cerrando la puerta metálica de la cabina.

Un silencio de muerte reinó en el corredor de la astronave. Un silencio que solamente se quebró al hablar dificultosamente el joven Farrell, el polizón, incorporándose lentamente:

—Es un asesino… Él llevó a la muerte a todos. Los condujo a un planeta muerto. Y allí los dejó, después de despojarles de todos sus

bienes, y regresó a la Tierra, condenándoles a morir sin remedio… Yo lo sé… ¡Martín Savage fue su asesino!…

CAPÍTULO III

EL SECRETO DE SAVAGE



honda Stuart apartó los ojos del negro infinito, pavoroso y sin límites. Las estrellas eran luminarias blancas, centelleantes, allá en la lejanía fabulosa de los espacios siderales.

—Tantas esperanzas… y todas perdidas —musitó, caminando lentamente ante el gran visor frontal del «Pilgrim III».

—Esperanzas… —El joven Farrell meneó la cabeza, mirándola desde su asiento, en un extremo de la cabina de controles de a bordo—: ¿Qué esperaban de este viaje?

—Usted lo sabe, puesto que su hermano era Albert Farrell, uno de los pasajeros del anterior viaje. Un enfermo como nosotros, desahuciado por la ciencia médica de la Tierra. Solamente los rayos cósmicos, debidamente controlados y dosificados, pueden eliminar nuestro mal.

—Y aceptaron, como los anteriores, el experimento clínico.

—Sí, teníamos que hacerlo —sonrió Rhonda con gesto amargo —. Sé lo que es sufrir, lo que es aguardar la muerte a fecha fija. ¿Sabe cuánto me dieron de vida los médicos, en el último examen?

—No, no sé.

—Un año. Máximo, año y medio…

—Comprendo. A mi hermano Albert… le dieron entre seis y ocho meses. Ni uno más.

—Supimos que la expedición anterior fue un fracaso total, y que los pasajeros murieron en el camino. No se nos dijo cómo, ni nos preocupamos de preguntarlo. No nos interesaba saber nada. Éramos tres hombres y tres mujeres, elegidos entre enfermos de tumores malignos, sentenciados a morir en breve plazo. Muertos andando, ¿entiende? Y se nos ofrecía una posibilidad, aunque remota. Una esperanza, cuando todas las esperanzas habían sido superadas negativamente. Aceptamos a ojos cerrados. Morir, no nos asustaba ni preocupaba. No perdíamos nada. Ni siquiera cabía opción a la duda. Todo era preferible a morir.

—Ahora, sus compañeros parecen pensar de muy distinto modo —apuntó el joven Farrell con ironía.

—Todos pensamos de distinta forma —suspiró Rhonda, inclinando la cabeza. Su roja melena golpeó suavemente los hombros, sobre el tejido plástico, color plata, de su traje espacial para el interior de la nave—. Ahora, hemos notado que nuestros tejidos cancerosos se regeneraron. El tumor se extingue rápidamente, bajo los efectos continuados de los rayos cósmicos que penetran por los acumuladores de la nave, y nos son proyectados en forma constante sobre la piel. Este tejido de nuestras ropas, saturado de materia radiactiva y con un baño de cobalto, recibe los rayos cósmicos, en su debida proporción, y nos va curando paulatinamente. En unos días, hemos pasado a hacer de la esperanza nuestra meta total. Ahora estamos seguros de poder vivir, de vencer totalmente la enfermedad, si permanecemos unos años en un lugar donde el tratamiento de rayos cósmicos continúe ininterrumpidamente.

—Ya veo. Y esas esperanzas… desaparecen ahora.

—Sí. —Rhonda elevó sus ojos hacia el muchacho—. Todo está perdido. Extraviados en el espacio, moriremos. No importa dónde ni

cómo, pero moriremos. Solamente en el Asteroide Hospital
R-106
sería posible sobrevivir. Casarnos, crear una familia sana y fuerte… y algún día, totalmente curados, emprender de nuevo el regreso a la Tierra.

—Volver a la Tierra… Nunca volveremos. A ninguna parte.

Rhonda le miró fija, gravemente.

—¿Ninguna parte? Usted habló de un mundo muerto, Farrell. Un mundo donde ellos murieron. Su hermano formaba parte de ellos.

—Es la verdad.

—¿Cómo pudo saberla? Murieron todos los que la conocían…, excepto Savage. Y él no habla.

—Habló una vez, ante el Consejo de la Central Cosmonáutica, en un informe secreto. Yo me enteré de parte de esa historia.

—¿Cómo pudo saberla?

—Tenía amistad con un miembro de la Central Cosmonáutica. Le embriagué en mi casa con un licor drogado con «pentothal». Habló sin saberlo, y me refirió lo que sabía. El «suero de la verdad» siempre surte efecto. Así supe lo ocurrido.

—También a mí me gustaría saberlo, Farrell —habló Rhonda.

—Entonces, se lo referiré. Tienen derecho a saberlo. Aunque ya no sirva de nada.

Y Farrell comenzó el relato…

* * *

Janet Owens empujó la puerta. Buscaba a Ralph Wallach.

Pero Ralph no estaba allí. Solamente Martín Savage, su compañero de cabina. Dormía en la litera alta. No se movió al entrar ella.

La morena, hermosa Janet, se dispuso a salir de nuevo. No le era simpático Martín Savage. Y menos aún, después de lo sucedido.

Súbitamente, cuando ya se disponía a cerrar la puerta, de regreso al corredor de la astronave, se fijó en algo. Era algo que yacía al pie de la litera de Savage. Un brazo de éste, colgando fuera del lecho, dejaba caer la mano hasta casi rozar con la punta de los dedos el objeto caído. Sin duda, se había escapado de su mano al dormirse.

Se aproximó de nuevo, con paso lento, sigiloso. Se inclinó para recoger lo que le llamara la atención. Lo hizo cuidadosamente, procurando no rozar el brazo de Savage, ni despertarle con algún ruido. Su sueño parecía muy profundo.

Era un frasco plano, metalizado. Estaba destapado. Lo acercó a la breve nariz. Lo olió.

Era alcohol. Una bebida alcohólica de fuerte graduación. Savage había dejado completamente vacío aquel recipiente.

Sorprendida, miró al dormido. Notó el olor de su aliento y comprendió lo intenso de su sopor.

Martín Savage se había embriagado.

¡Un peligroso desliz el de embriagarse en un vuelo sideral! El alcohol podía llegar a ser el peor tóxico de la naturaleza humana, sometida a la seria prueba de la gravedad y atmósfera artificiales, a los vuelos, a velocidades fabulosas, y a la serie de problemas de orden físico que todo eso provocaba en el organismo humano, necesitado de una total lucidez y carencia de toxicidad para buen funcionamiento sanguíneo, nervioso y mental durante el viaje por los espacios estelares.

Martín Savage era un veterano del espacio. ¿Por qué hacía eso? ¿Por olvidar sus responsabilidades… o su complicidad en la muerte de los seis pasajeros anteriores?

Janet Owens no supo qué pensar. Contempló a Savage casi compasivamente. No le había parecido nunca un hombre capaz de embriagarse, de convertirse en un pelele alcoholizado. Si algo aparentaba el piloto-guía, era firmeza, decisión, agresividad.

Pero, quizá detrás de todo eso, estaba la conciencia. La conciencia de un hombre que se sabía culpable de algo espantoso. Algo que costó seis vidas anteriormente…

Caminó por la cabina. Junto a la litera de Savage estaba la de Ralph Wallach. Janet, al iniciar el viaje, había pensado que, de elegir esposo, escogería a Ralph; juntos iniciarían su nueva vida en el Asteroide-Hospital
R-106,
en aquel curioso experimento clínico-social.

También había dos armarios metálicos con las pertenencias de cada cosmonauta. El de Wallach estaba herméticamente cerrado. El de Savage también. Pero el piloto, sin duda en su embriaguez, había

dejado la llave en la cerradura. Nada más fácil que girar aquel pequeño cilindro, accionando el cierre magnético, y dejar abierto el mueble.

Janet pensó que no debía hacerlo. No tenía ningún derecho. Pero aún era un ser humano, aún alimentaba esperanzas, y esto de ahora era como viajar en un ataúd espacial, que había de llevarles a la muerte.

Eso le daba un derecho. El de saber si el embriagado Savage era culpable de todo ello, o no. De modo que abrió.

Una rápida búsqueda le permitió encontrar la agenda de vuelos de Martín Savage. La hojeó. Allí había muchas anotaciones de anteriores viajes siderales, en los que Savage había sido también piloto destacado. Janet llegó así a las fechas del anterior viaje, en las que debía referirse a lo sucedido con los enfermos incurables sometidos al tratamiento cósmico.

Perpleja, comprobó lo que sucedía. Faltaban hojas. Muchas hojas. Todas las de los días de aquel viaje al espacio. Solamente quedaba una: la última. Los ojos de Janet leyeron su texto, breve y conciso, con la letra enérgica y nerviosa de Martín Savage:

> «*Hoy, todo ha terminado. Que Dios se apiade de sus almas. Yo debo regresar. Nadie puede hacer ya nada por ellos. Y yo, menos que nadie…*».

Podía ser una frase clara e inocente. O algo que ocultase un siniestro secreto en la mente y el corazón de un hombre culpable, que daba por terminada su vileza criminal y dedicaba un cínico responso a los que murieron.

—¿Por qué faltan esas hojas? ¿Por qué las destruyó? —Fue la pregunta que hizo, a flor de labios, Janet Owens.

Nadie iba a responderla. El hombre que podía hacerlo dormía profundamente, y sólo ella sabía de la existencia de la agenda de Savage, con sus hojas desaparecidas.

Dejó la agenda donde la hallara. El viaje anterior seguía siendo un enigma. Estaba segura de que Savage había mentido a todo el mundo, y ahora les llevaba a una nueva trampa de muerte. Pero, ¿por qué? ¿Qué razones le movían a portarse así?

Janet pensó en el lucro. Todos ellos, ciertamente, llevaban consigo sus bienes, sus pequeñas riquezas. Pero no creía Janet que eso pudiera justificar un crimen colectivo como aquél.

¿Qué sucedió en el espacio en el viaje anterior? ¿Qué sucedía en este viaje? Y, sobre todo, ¿qué sucedía en la mente de Martín Savage?

Cerraba ya el armarito metálico, cuando cayó una hoja de papel a sus pies. Se inclinó para recogerla. Entonces descubrió que estaba escrita. Inconclusa. Con la misma letra de la agenda, pero evidentemente escrita hacía muy poco tiempo.

Un escalofrío de horror sacudió todo su ser.

«*Yo, Martín Savage, quiero revelar la verdad aquí. Necesito hacerlo, o enloqueceré.*

Voy a referir todo aquello que nunca dije a nadie. Voy a contar cómo fui capaz de llevar al planeta de la muerte a esos pobres seres que confiaban en mí. Voy a referir mis culpas.

Culpas, sí. Porque yo… yo les maté. Ese muchacho, Farrell, tiene razón. Toda la razón. Su hermano Albert, la esposa de éste, Sonia, los hermanos Adam, Karl y Dave, con sus novias, Morrión y Kate, a quienes casé a bordo del "Pilgrim II", antes de que tuviera lugar aquel trágico suceso…

Tengo que referirlo todo. Y lo haré. No sé si me será posible vencerme a mí mismo del todo. Pero lo estoy intentando. Sólo pido fuerzas a Dios para que ello sea posible. Para que estos nuevos infortunados que cometieron el terrible, trágico error de confiar en mí, en su guiá y piloto, Martin Savage, sepan antes de llegar a su fatal destino, la espantosa verdad del anterior viaje. La verdad del Planeta Muerto…

Tengo que beber. Beber mucho, o no seré capaz de continuar el relato. Sé que no podría hacerlo en condiciones normales. He bebido tanto, que mi mente se nubla. Es posible que agotar el licor me impida cumplir mis

deseos. Pero de otro modo, tampoco lo haría. Ni ahora, ni nunca.

Ya he dicho que quiero vencerme a mí mismo. Vencer todo lo malo que hay en mí.

Tal vez lo logre. Tal vez…

Quienquiera que esto encuentre, quiero que sepa que todo empezó en el vuelo sideral del "Pilgrim II", rumbo al Asteroide Hospital y que…

R-106,

».

Otra vez la decepción, el «suspense» ensombrecedor de quedarse a las puertas del misterio, sin llegar a penetrar en él, sin levantar el último velo que lo ocultaba a los ojos de los demás.

Janet Owens contempló la hoja de papel incompleta, donde Savage, antes de sumirse en la inconsciencia de su embriaguez, había iniciado el relato de su secreto. Un secreto que encerraba la muerte de seis seres. Posiblemente la muerte de trece, si ellos siete, en este vuelo, seguían la funesta suerte de los anteriores.

¿Por qué Savage no continuó el relato revelador? ¿Porque realmente la bebida aturdió y dificultó la tarea? ¿O porque se arrepintió a tiempo, y no supo vencerse a sí mismo, tal como temía?

De cualquier modo, ya una cosa estaba clara, concreta: había habido un suceso horrible en el viaje anterior. Algo que aniquiló a todos, excepto a Savage. Ese algo iba a repetirse de una manera inexorable. Sólo Dios podía remediarlo.

Y, de todo ello, había un culpable claro, concreto, que se acusaba a sí mismo, ya sin hipocresías ni disimulos. Un culpable, llamado Martín Savage…

Guardó el papel, doblándolo cuidadosamente, e introduciéndolo en sus senos. Luego, dio media vuelta para salir de la cabina.

Ahogó un grito de terror al advertir que las cosas ya no eran como antes, al entrar ella allí.

Martín Savage se había despertado. Se erguía ante ella, cerrándole el paso hacia la salida.

Pálido, tenso, con los ojos dilatados y brillantes, la miraba sin moverse del punto en que se había situado cautelosamente,

mientras Janet, vuelta de espaldas a él, leía la nota.

—Déme ese papel, Janet —silabeó Savage—. ¡Démelo!

—¡No! —negó ella, enérgica, adelantando agresivamente su busto y su barbilla—. No se lo daré, Savage. Es la prueba… de que realmente hizo lo que todos sospechan.

—Por última vez, Janet: deme ese papel.

—No.

—Muy bien. —Sus ojos se dilataron más, con una expresión horrible, que convertía la atractiva y enérgica faz de Martín en una máscara de diabólica malignidad—: En ese caso, yo se lo quitaré…

—¡Tendrá que matarme para eso!

—Claro, Janet. Claro que sí —rió espantosamente Savage—. Es lo que voy a hacer. Matarla…

Janet supo que decía la verdad. Que pensaba hacerlo. Quiso gritar, gritar pidiendo auxilio.

Y no le fue posible. Martín Savage la rodeó con sus brazos musculosos, de hombre recio y atlético. Una de sus manos taponó la boca de Janet.

Apenas un minuto después, el silencio en la cabina era total. Nadie había advertido nada a bordo del «Pilgrim III».

Pero Janet Owen yacía a los pies de Martín Savage.

Y él la miraba con estupor, con un gesto de horror e incredulidad en su faz convulsa, lívida, sudorosa.

—Dios mío… —jadeó—. Dios mío… La he matado…. ¡La he matado yo!

Era cierto. Janet Owens estaba muerta. Y él, Martín Savage, la había matado. Fría y despiadadamente, con brutal resolución.

CAPÍTULO IV

CON LA MUERTE EN EL CIELO

arsen hizo un gesto de abatimiento y soltó los mandos de la nave espacial; después se volvió cansadamente hacia sus compañeros.

—Todo es inútil —manifestó—. No se puede variar el rumbo. Hay algo que nos arrastra.

—¿Estás seguro? —indagó Luther Braun—. Yo creí que estábamos perdidos, sin rumbo fijo…

—Y así es. Pero no un extravío, en el exacto sentido de la palabra. No ahora, por lo menos. Lo que en un principio era incertidumbre en el rumbo, ahora es fijeza casi inamovible. Llevamos una ruta que es errónea. Nunca iremos al Asteroide Hospital R-106, ciertamente. Pero sí es cierto que algo nos arrastra, nos atrae.

—¿Un planeta?

—Puede ser. —Larsen se encogió de hombros. Miró alrededor e indagó—: ¿Y Janet? Hace bastante rato que no la veo…

—Debió de retirarse a descansar —murmuró Eileen—. Rhonda y yo no tardaremos en ir a hacerle compañía. Ha sido una jornada sumamente fatigosa.

—No tenemos literas de emergencia —apuntó Wallach—. Usted, Farrell, tendrá que dormir con uno de nosotros, en tanto solucionamos el problema.

—No me importa —dijo amargamente el joven—. Nada importa ya.

—Usted parece saber muchas cosas que los demás ignoramos, Farrell —señaló bruscamente Braun—. ¿Qué es ello? ¿Qué es lo que imagina, además?

—Cabe poco terreno a la imaginación. Rhonda ya conoce la historia, ¿no es cierto?

Ella asintió, estremeciéndose. Miró a los demás, y dijo con lentitud:

—Ross Farrell me ha contado lo que supo por un amigo suyo de la Central Cosmonáutica, a quien él aplicó una inyección de «pentothal», Es terrible…

—¿Está probada la culpabilidad de Savage?

—Para mí, sí —observó Farrell roncamente—. Es culpable.

—¿Hasta qué punto? —quiso saber Héctor Larsen, algo escéptico sobre la cuestión.

—Hasta el punto en que un hombre, por cobardía y por egoísmo, puede llegar a serlo. Y también por ambición, por ruindad. Eso no lo dijo mi amigo. Eso es lo que sospecha el Comité investigador de la Central Cosmonáutica. Lo que sospecho yo también.

—Las sospechas nunca son certidumbre. ¿Qué sucedió exactamente, según Savage?

—Según él, hubo una alteración en los mandos, y el vehículo espacial fue atraído de un modo extraño, y contra todas las previsiones de la ciencia interespacial, por un planeta desconocido, acaso un asteroide gigante, que no figura en ninguna carta celeste, y que les absorbió, desviándoles de su ruta.

—Siga. ¿Qué más?

—Cayeron en ese planeta, y, al entrar en la atmósfera nociva, cargada de gases tóxicos, en especial metano, amoníaco y helio, la fricción desgarró la nave; su fuselaje se incendió al fallar el sistema de refrigeración exterior. Se envenenó el aire interior y murieron todos asfixiados, convulsionados por el intenso calor. Savage confiesa haber podido llegar a la cámara de emergencia y vestir su traje espacial, aislante de temperaturas y de atmósfera, y que luego comprobó la muerte de todos y cada uno de sus pasajeros. Asustado, probó a ver si funcionaba un monorreactor salvavidas, y logró salir disparado del cuerpo de la nave que se precipitaba sobre el planeta mortal. Los monorreactores, o astronaves de una sola plaza y gran poder, tienen mayor facilidad para eludir una fuerte gravitación, especialmente si arrancan en el mismo instante, con rumbo opuesto al del suelo hacia el que se precipita la nave principal. Así sucedió, según Savage. Y con el monorreactor volvió a la Tierra, dejando los cuerpos sin vida de los viajeros, con el «Pilgrim II», en aquel mundo muerto, cargado de gases venenosos.

—¿Ése fue el relato de Martín Savage ante el Comité?

—Sí —asintió Farrell, a la pregunta de Wallach.

—No veo nada delictivo —argüyó Larsen—. Si acaso, miedo, instinto de conservación, lucha por la vida… Cosas perfectamente humanas y disculpables.

—Es que Savage mintió.

—¿Es una teoría suya?

—No. Es una sospecha de algunos miembros del Comité. Por desgracia, no todos la compartieron, y Savage fue autorizado a volar de nuevo…; esta vez con ustedes seis.

—¿Qué clase de sospecha existe sobre Savage? ¿Qué creen que hizo realmente?

—Provocar la caída en un planeta mortal, teniendo preparado ya el traje espacial para sí, la nave monorreactora individual, para salvar su ¿vida…? y llevarse consigo cuantas cosas de valor poseían sus viajeros.

—Es una acusación muy grave. Significaría robo, asesinato colectivo, alterar los mandos de una nave espacial, provocar una hecatombe que redundara en su beneficio…

—Claro que es grave. Pero Savage hizo todo eso. Yo lo sé. Lo saben algunos del Comité. Pero la mayoría le ha dado su voto de

confianza, han fiado en su buen historial de piloto del espacio. Y así estamos ahora. Sentenciados a la misma muerte que los otros. Savage nos va a matar fríamente, llevándonos en la ruta que él desea.

—Pero esos mandos no responden. Ni a él, ni a nadie…

—No importa. Él sabe de esas cosas. Él provocó la avería a bordo, para lanzarnos a la muerte. Tendrá dispuesto su traje espacial, su monorreactor… Repetirá su hazaña.

—Un buen piloto, de excelente hoja de servicios…, ¿por qué se metería en ese horrible juego criminal? —preguntó Larsen, confuso.

—No lo sé. Sólo sé lo que mi amigo me dijo. Y su sospecha se apoyaba, como la de la minoría que fue vencida en la votación del Comité investigador, en un hecho probado.

—¿Cuál?

—Las cosas no pudieron ocurrir como dijo Savage. Hubo algo distinto.

—¿El qué?

—Savage no partió de la nave en plena atmósfera. Eso no era posible. Tuvo que posarse necesariamente en el planeta de la muerte, antes de emprender el regreso a la Tierra.

—¡Cielos! ¿Cómo suponen eso?

—Porque, al analizar el fuselaje del monorreactor, se han hallado partículas minerales de desconocida naturaleza. Partículas que solamente pudieron adherirse a la nave salvavidas estando ésta posada en el suelo de un mundo desconocido.

Reinó el silencio en la cabina. La última afirmación de Farrell parecía contundente. Luther Braun suspiró e inclinó la cabeza contra el recio cristal plastificado del visor frontal; se quedó en esa posición, taciturno y reflexivo. Por su parte, Ralph Wallach volvió junto a los mandos, y jugueteó con ellos mecánicamente, como si el cuadro, de complicados botones y teclas electrónicas pudiera explicarle aquel insondable misterio de un modo más concreto que el propio enemigo de Martín Savage.

—No lo entiendo —farfulló Héctor Larsen—. No lo entiendo…

—Nadie lo entiende, Luther —comentó a su vez Eileen, cruzando una mirada perpleja con la estremecida de Rhonda Stuart.

—Miren esto —señaló de pronto Wallach—. El indicador de atracción gravitatoria y magnética…

—¿Qué pasa con él? —Gruñó de mala gana Larsen.

—Señala un índice creciente, muy elevado. Vean, la aguja se mueve perceptiblemente, subiendo enteros y más enteros de la esfera graduada…

Luther Braun, sobresaltado, levantó la cabeza. Miró por el visor, hasta casi dolerle los ojos. Luego, mortalmente pálido, con una simplicidad terrible, se volvió a sus compañeros.

—Hay razón para ello —musitó—. Estamos acercándonos… a un planeta desconocido. Un mundo que nunca vi antes de ahora en carta celeste alguna. Creo… creo que, de un momento a otro, vamos a caer en el planeta de la muerte…

* * *

Parecía un cuerpo negro, denso, prácticamente invisible en la negrura eterna y profunda de los espacios siderales.

Pero, examinado exhaustivamente, como hiciera Luther Braun, se descubría que no era totalmente negro, sino cruzado por unas franjas gaseosas, de color cárdeno o rojizo, y salpicado de bandas desiguales, a veces simples manchas, de tonos grisáceos y anaranjados.

Así era aquel planeta hacia el que se precipitaba el «Pilgrim III», y cuyo volumen crecía y crecía en el visor frontal, a medida que la distancia entre ambos cuerpos se reducía.

A primera vista, recordaba una de las visiones fotográficas del planeta Júpiter. Sólo que este mundo debía de ser muy pequeño, y su envoltura gaseosa mucho menos densa que la del gigantesco planeta del Sistema Solar.

—Seguro que no es un planeta —gruñó Wallach, muy pálido, enjugándose el sudor con mano trémula—. Parece un asteroide dotado de atmósfera propia. Acaso sea un fragmento de un mundo mayor.

—Sea lo que sea, significa la muerte —señaló fríamente Ross Farrell—. Y no olvidemos que, si el relato de Savage tuvo alguna parte de verdad, la superficie metálica de nuestra nave puede desgarrarse por la fricción y ahogarnos el aire ardiente y sin oxígeno. Evitemos eso. Vamos por los trajes espaciales, pongámonoslos, y comprobemos si los monorreactores de a bordo

funcionan debidamente, para abandonar la nave en el momento preciso.

—Es la primera idea sensata que ha tenido alguien aquí —aprobó entusiasmado Luther Braun—. Dejemos de aceptar pasivamente nuestro destino, y vayamos por los trajes. ¡Deprisa! Creo que no dispondremos de mucho más de cinco o seis minutos…

Partieron con celeridad hacia las cámaras de emergencia, donde guardaban los trajes espaciales aislantes. Ya se había convertido aquello en una pugna colectiva contra el peligro y contra el mismo tiempo. Febrilmente, los viajeros de la astronave luchaban por salvar sus vidas, si es que eso era todavía posible.

El primer descubrimiento alarmante fue hecho por Braun, que señaló la hilera de trajes en los armarios herméticos.

—¡Mirad! ¡Falta un traje espacial! ¡El de Martín Savage!

Todos se miraron con terror. Aquello confirmaba las acusaciones de Farrell. Martín Savage ya había obtenido su traje. Ya sabía lo que iba a suceder.

—¡El muy perro!… —Silabeó Farrell, furioso—. ¡Está repitiendo su vileza!

—Menos mal que esta vez nosotros estaremos alerta, y el juego diabólico no se repetirá…

Pero, entonces, Wallach hizo el segundo, aterrador descubrimiento.

Aulló, con voz descompuesta, mientras señalaba algo con mano temblorosa.

—¡Eh, ved eso! ¡Los trajes espaciales!

—¿Qué hay con ellos? —jadeó Rhonda Stuart, temiendo lo peor.

—Examinadlos todos… Están… ¡están rajados, inutilizados, rotos! ¡Ponerse esas ropas será como no llevar nada!

Un escalofrío de horror infinito se apoderó del infortunado grupo de trémulos cosmonautas.

Su última esperanza se había perdido definitivamente. Ahora, solamente cabía un final: la muerte.

* * *

—¡La muerte! ¡La muerte, Rhonda! ¡Y yo no quiero, no quiero morir!

—Nadie quiere morir, Wallach. Todos estamos aquí precisamente por eso. Por un afán de combatir la muerte, la dolencia que nos aniquilaba. Por desgracia, existen en el mundo otra clase de muertes. Como aquella que da la mano del criminal, del cobarde, del ambicioso o del simplemente cruel, que goza destruyendo a los demás…

—¡Ese perro de Savage! —aulló Braun—. ¡Lo pagará caro!

Emprendió veloz carrera. Todos sabían adónde iba. Nadie le detuvo. Nadie hizo nada por interponerse y recomendarle calma. En realidad, deseaban tanto como él que se hiciera justicia. Violenta y expeditiva justicia, allí donde no llegaban las leyes de los hombres ni su autoridad. Allí donde sólo la fuerza podía replicar a la fuerza, el crimen al crimen, el odio al odio…

Le siguieron en silencio, entre medrosos y enloquecidos, entre escépticos y furiosos. Luther Braun mataría a Savage cuando lo hallara ante sí. Muy cerca de él, se adelantó Ross Farrell, que al fin veía reaccionar a los demás con la misma virulencia que le dominaba a él, al comprobar que estuvo en lo cierto acusando a Savage de una monstruosa maquinación criminal que terminaría con las vidas de todos…

Braun, seguido por aquellos alucinados seres condenados a la más horrible de las muertes, se movió a través de la desierta cámara de controles. Aferró de nuevo el hacha que ya una vez había empuñado contra Farrell, el intruso a bordo. Ahora, la utilizaría contra una persona muy diferente, aquélla a quien primero trató de defender del ataque enemigo.

Los demás ni siquiera empuñaron armas. Iban tras él, en mudo cortejo. Un cortejo terrible y devastador, que aniquilaría sin compasión a Savage en cuanto dieran con él.

La primera vez, había resultado. Seis personas murieron pasivamente. Ahora, las cosas eran muy distintas. Esas seis personas iban a jugarse la vida frente a Savage. Una vida que no valía nada en la Tierra, y que seguía sin valer nada en el espacio. Quizás por eso mismo resultaban más temibles. No tenían nada que perder, y lo sabían. Y el que todo lo ha perdido, puede ganarlo todo, llevado de su propia desesperación, fría e inexorable.

Siguieron adelante, enfilando el corredor. Desierto y silencioso, como el resto de la nave espacial. Al fondo, zumbaban los reactores

a fotones, débilmente ahora, sin duda neutralizados en parte por la fuerza de atracción de la masa planetaria sobre la que planeaban.

La primera puerta que abrieron de golpe fue la de la cabina personal de Savage, la que éste compartía con Wallach. No esperaban hallar a nadie dentro de dicha cabina.

Para su sorpresa, allí estaba un cuerpo humano.

Tendido sobre la litera, como dormido. Parecieron sorprendidos de que Savage pudiera reposar tan apaciblemente, después de sus horribles actos.

Pero fue el grito ronco de Héctor Larsen el que reveló la verdad espantosa:

—¡Eh, mirad! ¡No es Savage! ¡Es… es Janet Owens!

Corrieron en alud adonde ella estaba. Wallach brincó a la litera, se inclinó sobre el cuerpo rígido, sin color, sobre la hermosa muchacha morena, que parecía dormir.

—Dios mío… Dios mío… —susurró—. La han estrangulado… ¡Está muerta!

Un viento de horror que hubiera soplado a través de las cámaras interiores del «Pilgrim III», perdido en el vacío infinito del Universo, no hubiese levantado un escalofrío tan profundo en los cuerpos de aquel grupo trémulo y alucinado…

* * *

La sábana cubrió piadosamente el cuerpo sin vida de la bella muchacha morena.

Los rostros, que se contemplaron entre sí, tenían el color mismo que la muerta. Y los ojos, brillantes y dilatados, reflejaban un odio colectivo, feroz, implacable.

—Él lo hizo… —jadeó Farrell—. Él la mató…

¡Martín Savage!

—Claro que fue él —asintió Wallach—. Eso está ya fuera de toda duda. Ya no mata por cobardía o por locura. Lo hace por destruir. Y mata directamente, con sus propias manos. Janet debió de averiguar algo… y pagó con la vida.

—Vamos —silabeó Braun—. En algún lugar de la nave ha de estar. Sea donde sea, le hallaremos. ¡Juro que le hallaremos, maldito sea ese perro asesino!

Salieron en tropel de la cabina. La última en salir fue Rhonda, que dedicó una mirada patética a la muchacha muerta. Luego, siguió a los demás. Tan llena de odio como todos sus compañeros de viaje.

Cabina tras cabina, fueron revisadas todas, sin aparecer en ninguna de ellas Martín Savage. El piloto guía, el joven y arrogante conductor del «Pilgrim III», no estaba en parte alguna.

—No le hallaremos —comentó, abatido, Larsen.

—De aquí, nadie se baja en marcha —replicó con agrio sarcasmo Wallace—. En algún lugar de la nave tiene que estar.

—Tal vez donde yo me oculté antes —sugirió vivamente Farrell.

—¡Las turbinas! —aulló Braun—. ¡Claro! ¡Vamos allá!

—Creo que las mujeres deben quedarse atrás —sugirió Larsen.

—No. Iremos hasta el fin —atajó Eileen Cortland—. Si hemos de morir de un momento a otro, ¿qué peligro mayor puede acechamos ya?

Era una razón demoledora, y los hombres la aceptaron. Los seis personajes se movieron a lo largo del corredor, camino de la luz fluorescente, azulada, que iluminaba el paso a los turborreactores a fotones, que impulsaban la nave a supervelocidad por el vacío sideral.

Luther Braun, enarbolando su hacha, se detuvo un momento en el umbral. Luego, lo cruzó resueltamente y se sumergió en el zumbido ensordecedor de los reactores. Caminó por el sendero metálico que, flanqueado de barandillas, serpenteaba entre los cuerpos de reacción, los depósitos de combustible sólido y los grandes tubos plásticos, conductores de la energía en acción.

Le vio casi enseguida.

Allí estaba. Con su traje espacial, su escafandra de vidrio plastificado, rematada por la hemisfera roja, con el emblema de la Central Cosmonáutica de la Tierra, erguido como un extraño robot en medio de las galerías metálicas. Apuntándole con una pistola térmica, sin la menor vacilación.

—¡Atrás! —aulló Martín Savage—. ¡Atrás, Braun, o le mato!

—Puede hacerlo —dijo fríamente Luther—. Puede matarnos a todos, Savage. Tendrá que hacer como hizo con Janet. Asesinarnos uno a uno, no dejarnos morir como a los anteriores. No voy a detenerme. Nadie lo hará, asesino.

—¡No sea loco! ¡Yo no quise matar a Janet, nunca quise matar a nadie!… —jadeó el piloto, furiosamente.

—Pero lo hizo. Lo hizo, maldito cobarde. —Luther Braun avanzó hacia él resueltamente—: Y va a pagarlo. Puede que nos mate a todos. Pero puede que no. Y el último de nosotros que quede, hombre o mujer, le pulverizará gustoso, para que nos acompañe en este viaje a la Eternidad.

—¡No lo hagan! ¡Nadie quiere hacerles daño! —gritó desesperado Savage—. ¡Ya debemos de estar llegando a nuestro destino!

—Su destino, Savage. El que usted eligió. Aún no sé por qué hizo todo esto. No sé por qué un joven capacitado, honrado, simpático e inteligente como usted, un gran piloto espacial de inmejorable servicio hasta ahora, ha caído en esa sima de envilecimiento criminal. Ni quiero saberlo. Sólo me basta la evidencia de que usted fue culpable. De que es culpable.

—¡Tendré que matarle, Braun! ¡No de un paso más!

—Usted desafió a Farrell, porque era un muchacho noble, enloquecido por el afán de venganza, y él no disparó. Cuando lo hizo, era tarde. Yo no espero que usted haga eso, pero lo probaré. Quizá me mate. Pero mire; detrás mío viene Farrell. Luego, viene Wallach. Después, Larsen. Y por fin las chicas. Eileen y Rhonda. ¿Podrá con todos?

—¡Estúpidos! —rugió Savage—. ¡Lo malograrán todo! ¡Van a estropear la obra de toda una vida, sólo por necedad, por ceguera! ¡Malditos todos, váyanse atrás! ¡Dejen que la nave alcance su destino!

—Estamos ya en nuestro destino, Savage: la muerte. ¡La muerte para *todos*!

Se abalanzó sobre Martín Savage. Se lo jugaba todo en aquel esfuerzo final. Rabioso, Savage disparó sobre él…,

Y, en el mismo momento, la nave crujió, pareció desgarrarse, dando tumbos brutales. Una bocanada ardiente, de calor asfixiante, de gases tóxicos devastadores, penetró en una oleada dentro de la nave.

Savage había fallado el disparo. Luther Braun cayó sobre él, enarbolando su hacha, mientras parte de la barandilla, a sus espaldas, goteaba el metal que el disparo había derretido.

El hacha cayó sobre la escafandra plástica de Savage. La desgarró, destruyó violentamente vidrios, plástico y metal, hendiendo parte de su casco superior, sin llegar al cráneo del piloto.

—¡Loco! —aulló Savage—. ¡Moriremos todos!… ¡Sin remedio!…

Boqueó, con el aire ardiente y nocivo entrando a oleadas en sus pulmones, hiriendo su cara enrojecida, convulsa. También Luther Braun, crispado, lleno de angustia, soltó el hacha; dio trompicones por la galería metálica, aferrándose a las barandillas, tosiendo espasmódicamente, con el rostro congestionado y los ojos dilatados por la asfixia y la candente atmósfera interior.

Silbaba la nave, rugiendo en un descenso vertical, dando tumbos violentos hacia un fondo, hacia un suelo desconocido y temiblemente fantástico, donde se estrellaría de forma inevitable y fatal…

En su agonía, Braun tuvo una sonrisa complacida, al ver desmoronarse, de bruces en el suelo metálico, jadeando y tosiendo, a Martín Savage. Giró la cabeza. Fue como una muda despedida hacia los demás, hacia todos los que como él y Savage, estaban muriendo allí, al fondo de la galería, revolcándose bajo el alud de gases tóxicos, de metano y amoníaco irrespirables, a temperaturas abrasadoras…

Al rojo vivo casi, desgarrado su fuselaje, el «Pilgrim III» se precipitó hacia el negro planeta de gases mortales.

Y, antes de morir, Martín Savage sólo tuvo ocasión de pronunciar unas palabras confusas, entre sus abrasados e hinchados labios:

—Ya… no… hay… remedio…

Luego, su cabeza se abatió. Pegó el rostro contra la plancha metálica, que le quemó. Pero ya no lo notaba. No podía notar nada.

Su corazón se paró. Sus pulmones dejaron de recibir aire. Había muerto.

Frente a él, Luther Braun ya no se movía. Los últimos seres de la trágica expedición al espacio, de los enfermos sometidos a tratamiento cósmico, se debatían en su agonía, incapaces de luchar contra la muerte…

Había llegado su final. Y, esta vez, Martín Savage les acompañaba a la Eternidad.

Momentos después el «Pilgrim III» chocaba contra el negro suelo

de un mundo silencioso y oscuro, un mundo de muerte y desolación infinitas…

La misma muerte y desolación que reinaban dentro de la astronave.

* * *

—Nada, señor —suspiró el observador de la Central Cosmonáutica de Nueva York—. Las señales han cesado. Creo que el «Pilgrim III» ha dejado de existir para siempre.

El jefe de controles de la Base Cosmonáutica, inclinó la cabeza, con expresión sombría.

—Me lo temía. Esas últimas señales vacilantes, ese extraño rumbo seguido por la nave… Algo falló en la expedición.

—¿Como en la anterior?

—Sí, como en la anterior, Howard. Esperemos que también esta vez haya algún superviviente.

—Los milagros no suelen repetirse, señor —le recordó el observador.

—Sí, claro. Esta vez, es posible que Martín Savage haya corrido la suerte de los demás. Es una lástima que eso sucediera, porque usted ya sabe que le encargué investigar muy especialmente todo lo que sucediera durante el viaje, por cuenta de la Ley Espacial.

—Mucha gente no estuvo de acuerdo con eso, señor —sonrió Howard tristemente—. Para muchos, Savage era un personaje dudoso.

—Para mí, no —negó el jefe de controles—. Lo he conocido desde niño, cuando, apenas un muchacho, hizo su primer vuelo espacial. Fue siempre noble, honrado, digno e inteligente como pocos. Tenía espíritu de sacrificio, disciplina y bondad. Si lo peor ocurrió…, Dios se apiade de su alma.

Escudriñó en silencio el espacio, comprobó luego las anotaciones que el radiotelescopio y los controles remotos del «Pilgrim III» habían proporcionado. Miró a Howard, el observador, con aire ausente:

—Al menos ya sabemos algo —musitó—. Dónde está ese mundo misterioso al que han ido a parar dos naves. Que pongan en limpio esos datos radioeléctricos, y comprueben la posición exacta y sus

posibles desviaciones orbitales. Luego, informe urgentemente al Departamento de Justicia Espacial, Howard.

—Sí, señor…

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda Parte

CAPÍTULO V

EL MUNDO NEGRO



os brazos eran musculosos. Bajo la epidermis, sucia y sangrante, los músculos formaban manojos vibrátiles cuando llegó, casi a rastras, hasta la figura yacente.

Se inclinó y la tomó con fuerza. La alzó. Los brazos soportaron el peso. La condujo con pasos inseguros sobre el suelo negro, rocoso, como tallado por dioses convulsos en puro azabache. O más bien en piedra ennegrecida, quemada.

Ululaba el viento en la distancia. Agitaba areniscas grises, cenicientas, y agitaba extrañas ramas sarmentosas de arboledas carentes de hojarasca, que, con los negros peñascales, formaban un panorama de pesadilla, siniestro y apocalíptico. Parecía como si un fuego universal hubiese barrido del lugar todo signo de vida, dejando solamente aquellos contornos rocosos, ásperos y sin vida,

bajo un cielo plomizo, que en el horizonte cobraban tonos cárdenos o rojizos, en bandas lívidas, alucinantes.

Y, en aquel mundo extraño, abstracto y horrible, un ser avanzaba, tambaleante, ennegrecida y sangrienta la piel, como monstruo portador de una hermosa que llevara a su guarida. Otra vez, en un confín del universo, la leyenda de la Bella y la Bestia…

Los ojos, alucinados, estudiaron el lugar, mientras las piernas flojeaban en su avance.

—Señor, Señor, ayudadme… —musitó una voz ronca, quebrada, inhumana—. Ayudadme a llegar al final del camino. Ayudadme en todo… hasta el fin.

Paso a paso, por el suelo negro, siniestro, casi infernal. Paso a paso, bajo un cielo delirante, a franjas grises y cárdenas, bajo el azote de un aire irrespirable, caliginoso, y de una atmósfera neblinosa, cargada de gases que asfixiaban.

A pesar de todo ello, el ser avanzaba con el cuerpo entre sus brazos, yerto e inerme, colgando su oscura cabellera como un mechón arrancado del propio suelo de aquel planeta mefítico.

Detrás, humeaba un cuerpo que fue alguna vez plateado y azul. Ahora, apenas si lo formaban unos metales retorcidos, abrasados y humeantes.

El hombre de los músculos firmes y la piel sangrante se detuvo al borde de un arroyo de extrañas aguas oscuras, cenicientas. Quizás ni siquiera era agua. Parecían más densas, espumeantes y sombrías que las aguas terrestres.

Sin vacilar, arrojó en el cauce el cuerpo de la muchacha. Chapoteó ella, sumergiéndose en las aguas. Luego, flotó de nuevo, como un cadáver. No respiraba, no tenía flexibilidad, carecía por completo de vida, de aliento, de pálpito vital.

Algo, pequeños corpúsculos de aquel líquido acuoso, parecieron confluir, como peces voraces, en torno al cuerpo flotante. Se adhirieron a ella, igual que parásitos atraídos por una fuente de vida.

El hombre no se preocupó por eso. Como un autómata, con andares de rígido «robot», se movió sobre la planicie negra, con paso lento, parsimonioso, indiferente a todo.

Llegó de nuevo a las ruinas de metal retorcido y humeante. Se inclinó sobre ellas, caminó entre los hierros candentes, sin parecer

quemarse, a pesar de que sus botas plásticas aparecían quemadas y agrietadas, dejando al descubierto las plantas de sus pies, en los que aparecían como unas ampollas por el contacto del metal.

Cuando emergió, lo hizo con otro cuerpo entre sus brazos. Reanudó la marcha hacia el cauce gris, pastoso y lento. Repitió la operación. Al terminar, parecía más agotado aún que la vez anterior. Pero aun así, insistió. Regresó nuevamente a los restos de la nave. Otra figura apareció en sus brazos.

Una vez, otra, otra…

Hasta siete seres fueron a las aguas. Cuando el séptimo cuerpo rodó al líquido gris y chapoteó en él, y viéndose cubierto por los diminutos corpúsculos grisáceos de aspecto traslúcido, las energías del hombre se agotaron.

Vaciló en la orilla del riachuelo, se dejó caer de bruces… y también él flotó; pronto quedó cubierto a su vez por corpúsculos que se aferraban titánicamente a su piel y parecían succionar algo de ella…

* * *

Después de la muerte, siempre hubo la Eternidad.

Siempre…

Por tanto, esto era la Eternidad. Lo último que podía recordar de su vida anterior era un calor abrasador, un aire venenoso, cargado de metano, de amoníaco, de helio… Luego, pudo recordar algunas cosas más. Un cuerpo caído ante él, un hacha hendiendo un casco plástico, derribando mortalmente a un hombre, a Martín Savage…

El mismo Martín Savage, que ahora, frente a él, le contemplaba con fijeza, esperando que hiciera algo, que iniciase cualquier acción.

—¿Qué… qué significa esto? —jadeó Luther Braun, convulso.

—Significa que le doy la bienvenida, Braun.

—¿La… bienvenida?

—Eso dije.

—Bienvenida… ¿adónde? ¿A la Muerte?

—Nadie está muerto. Ni usted… ni yo. No creo que los muertos hablen…

—Ni yo creo que los humanos resuciten. Usted, yo, todos…

estábamos muertos, Savage. Tuvimos que morir en aquel caos, al entrar en la atmósfera del planeta negro.

—¡No es posible! Nadie sobrevive… a una cosa así,

—La vida es un enigma, Braun. La vida no es siempre la misma en todos los lugares del Universo. Igual que existen distintas formas de existencia inteligente o simplemente animal…, existen conceptos distintos de la vida y la muerte.

—No, no —negó Braun—. En la mente de Dios, vida y muerte son siempre una misma cosa, esté uno donde esté.

—Dios es todo sabiduría, Braun. Dios hizo toda la Creación. Y diseñó a sus criaturas conforme a diferentes condiciones de vida. Aprender esa lección no siempre es fácil. Allí donde la vida de un hombre termina… puede continuar otra especie de vida. Sólo basta que el espíritu, el alma, no abandone nuestro cuerpo. Que la muerte física sea aparente. Una paralización del corazón, un alto en el pulso, en la circulación sanguínea… pueden volver a entrar en acción. Puede ser un intervalo, no un final.

—¡Nunca lo ha sido! —protestó Braun, agitando su cabeza.

—Nunca lo ha sido… en la Tierra. A pesar de ello, existió la catalepsia. Y a pesar de ello… Cristo devolvió a Lázaro al mundo de los vivos.

—Lázaro… ¡Yo no soy un «Lázaro»! ¡Nadie puede serlo! Y habla usted de supervivencia, de volver a la vida… ¡Usted, *un asesino*!

Martín Savage le miró larga, extrañamente. Luego, rió entre dientes:

—Un asesino… ¿Sigue pensando que soy eso, Braun?

—¡Sí! ¡Usted mató a toda la expedición anterior! ¡Usted asesinó a Janet Owens! ¡Usted destrozó los trajes espaciales que hubieran salvado nuestras vidas…! ¿Puede negar todo eso?

—No, no puedo negar eso —declaró con increíble cinismo Martín Savage—. Pero ¿se ha dado cuenta de algo?

—¿Qué?

—Estamos a cubierto del ardiente clima exterior, en una especie de vivienda. ¿La reconoce?

—Claro. Son fragmentos del «Pilgrim III». Ha hecho una especie de refugio, con sus ruinas. ¿Qué quiere decirme con eso?

—Nada. Sólo que he cuidado de usted, Braun, a pesar de que trató de matarme. ¿Eso no le dice que yo no puedo ser un asesino,

como cree?

—¡No! Ha matado a Janet Owens. Vimos su cuerpo. Puede negar lo demás, argumentar que lo hizo otro, aunque nadie le crea. Pero ¿cómo justificar la muerte de Janet cuando todos estábamos juntos, y ella en su cabina de a bordo, Savage?

—No hay justificación —sonrió Savage—. *Yo maté* a Janet Owens. Descubrió un escrito mío, los fragmentos de mi diario de a bordo en el «Pilgrim II». La maté porque tenía que hacerlo, o ella hablaría.

—¡Dios mío! —Horrorizado, Luther saltó atrás, mirándole con ojos desorbitados de puro horror—. ¡Y lo confiesa… fríamente!

—Lo confieso porque es la verdad. No voy a negarle nada —se encogió de hombros Savage, caminando despacio hacia el fondo de la improvisada cabaña de muros metálicos o plastificados, ligados rudimentariamente en un páramo negro del planeta ignoto.

Luther Braun parpadeó, sin saber lo que iba a suceder. Luego, aquello sucedió.

Por un momento, alucinado e increíble, Braun creyó hallarse de nuevo ante el prodigio, ante lo imposible, ante lo que carecía en absoluto de explicación lógica, dentro del terreno puramente físico.

—¡No, no! —gimió, tomando su piel un color ceniciento; tan ceniciento como las arenas grises de aquel mundo delirante que les circundaba—. ¡No *puede* ser…!

—Hola, Luther —le saludó, sonriendo dulcemente, Janet Owens —. ¡Qué feliz me siento al veros a todos nuevamente!…

El grito ronco, desgarrado, de Braun, era capaz de helar la sangre en las venas. Se echó atrás. Miró con ojos desorbitados la sonrisa apacible y fría de Martín Savage, el rictus dulce y, a la vez patético, de Janet Owens, la mujer resucitada.

—¡No, noooo…! —repitió, trémulo.

—No soy la muerte, Luther —dijo Janet lentamente, dando unos pasos más hacia él; perfectamente corpórea, real, humana. Con su bello rostro ovalado, su melena negra, sus ojos oscuros, sus curvas plenas. Era ella misma—. Soy yo, Janet Owens. No estoy muerta, Luther…

—¡No puede ser, Janet! *¡Yo te vi muerta!* ¡Rígida, fría, sin color ni vida! ¡Sin un soplo de aliento, sin una pulsación, sin un latido de tu corazón! ¡Estabas MUERTA!

—Muerta… —Su mirada vagó por el aire, en torno a Luther Braun—: ¿Quién sabe el misterio de la vida y de la muerte? ¿Quién conoce la diferencia exacta entre una y otra cosa, cuando el ser humano ha cruzado las fronteras del espacio y del tiempo? Los designios de Dios son inescrutables, Luther. Y Él, en su inmensa sabiduría, ha dotado a sus criaturas de extrañas y complejas facultades.

—¡Dios no ha creado superhombres! —protestó Luther, crispado.

—¿Tú lo sabes? ¿Lo sabemos alguno? Ha creado seres vivos, inteligentes. El hombre puede ser superhombre en otros mundos. Como los seres vulgares de otros planetas, acaso sean superhombres en el suelo terrestre. Es un simple concepto físico. Y Dios está por encima de todo lo físico…

Anonadado, Luther Braun se dejó caer sobre muebles metálicos desiguales y quemados. Trató de entender lo que sucedía. Trató de explicarse por qué Janet Owens había vuelto desde el valle de las sombras. Por qué él y Savage vivían aún. Por qué divagaban sobre conceptos inaccesibles, mientras mil problemas estaban en juego. Por qué, en suma, un asesino parecía feliz de mostrarle el lado equívoco de todo. Como un mago que, al girar un alucinante espejo, le enseñara la otra faz del mundo y sus criaturas. Una faz que jamás vio nadie anteriormente. Un mundo más allá de la vida, más allá, incluso, de la propia muerte. Al margen de todo lo físico y de todo lo razonable…

—No puedo… No puedo entenderlo… —argumentó, con un gemido de angustia—. ¿Por qué…, por qué? ¿Por qué todo esto? ¿Dónde empieza lo irreal, dónde termina lo auténtico?

—Entre la carne y la fantasía, la línea divisoria es a veces tan sutil e invisible como entre la vida y la muerte, o la verdad y el error —sentenció Martín Savage—.

A punto estuvo usted, Luther Braun, de echarlo todo a rodar, de hundirnos a todos en un horror mil veces peor que la misma muerte. Pero, por fortuna, Dios fue misericordioso. Y pude enmendar su error. De cualquier modo, era un error justificado. No tenía por qué saber…

—Saber… ¿qué?

—Lo que nadie, sino yo mismo, estaba en condiciones de saber. La razón de tantas y tantas cosas inexplicables.

—¡Hable o enloqueceré, por amor de Dios!

—¿Qué le puedo decir, Braun? La historia es larga de referir. Y el camino ha sido largo y agotador. Especialmente para mí, que tuve que luchar doblemente. Contra ustedes…, y contra mí mismo.

—¿Contra usted mismo? —indagó Braun, sin entender.

—Eso dije, Luther. —Cansadamente, fue hacia la puerta por la que había entrado Janet. Le preguntó escuetamente—: ¿Y los demás? ¿Dormían aún?

—Cuando yo desperté…, sí.

—Es natural. Ellos llevan menos tiempo en la muerte. Tardarán más en volver a la vida.

—¿La muerte…, la vida…, *ellos*? —Braun parecía al borde del desequilibrio.

—Sí, Braun. También Larsen, Wallach, Eileen y Rhonda, y el propio Farrell, murieron a bordo del «Pilgrim III», tal y como hemos muerto *nosotros*.

—¡Nosotros! Usted dijo… que no existía tal muerte…

—No dije eso —rectificó suavemente Savage—. Dije que lo que para nosotros, en la Tierra, era morir…, en otro lugar del Universo podía ser algo físicamente distinto. Como un lapsus, un sueño, una transición de reposo físico total… entre vivir y morir.

—¿Eso sucedió? ¡No puedo admitirlo!

—Lo admitirá cuando vea a todos sus compañeros de viaje… aquí. Volviendo de lo que los antiguos hubieran llamado manantial de juventud o fuente de vida.

—Fuente de vida…

—Algo tan mítico cómo la piedra filosofal. El *Shangri-Lah* de todos los que sueñan con lo imposible, el rincón de eterna vida o de inmortalidad, que durante milenios el hombre trató en vano de localizar.

—¿Y… existe?

—Existe… *aquí*.

Martín Savage fue a la puerta por donde había entrado Janet. Abrió.

Ahora fueron varios los que, lenta, torpemente, como si anduvieran en sueños, penetraron en la cámara.

Héctor Larsen, Ralph Wallach, Ross Farrell, Eileen Cortland, Rhonda Stuart…

Todos, absolutamente todos, estaban allí.

Vivos. Absolutamente vivos. Como siempre estuvieron, antes de su trágica aventura en el espacio sideral…

* * *

—Quisiera entender lo que sucedió exactamente después de penetrar en la atmósfera del planeta negro y desplomarnos hacia su superficie…

La pregunta la hacía Héctor Larsen. Pero, en realidad, todos la formulaban mentalmente, todos esperaban la respuesta concreta que les despejase el alucinante enigma de su regreso a la vida.

—Entenderlo es fácil. Y simple… —sonrió amargamente Martín Savage, tras una pausa que entretuvo en escudriñar el exterior a través del único visor de vidrio plastificado que poseían en la improvisada vivienda, dispuesta con muros de la nave, ensamblados sobre un suelo extraño y desconocido—. Lo difícil está en saberse adaptar a ello. En aceptarlo, amigos míos…

—En aceptar… ¿el qué? —demandó roncamente Wallach—. ¿Hay algo más horrible que la muerte, para que su enunciado pueda servirnos de motivo de terror, de inquietud o de angustia? Vivimos, ¿no es cierto? Respiramos de nuevo en el mundo… y eso es lo que cuenta…

—Me hace usted una curiosa pregunta, Wallach —dijo Martín Savage. Estaba comprobando si era correcto el ensamblado de los diversos muros curvos, gracias a una serie de «pestañas» o adherencias mecánicas, ya diseñadas previamente en los muros de la nave, para casos como aquél, en que sus muros incólumes pudieran utilizarse como paredes de una vivienda planetaria—: Y una pregunta tan curiosa precisa de una respuesta no menos curiosa, amigo mío. Ciertamente, vivimos, respiramos, aunque no sea en nuestro mundo. Y eso, a veces, tiene un precio. Un terrible precio. Respondiendo a esa singular pregunta que me hizo, Wallach, le diré que… *sí*.

—Sí… ¿qué?

—Existen cosas más horribles que la misma muerte. Porque morir es dejar de ser, dejar de significar algo, amigo mío. Significa no ser nada. Ni para uno mismo ni para los demás. Vivir, en algún

precio, es como pactar con el diablo. ¿Ha oído hablar de Fausto y su leyenda?

—Se vendió por la juventud. Cedió su alma al diablo. —La risa sarcástica de Luther Braun tuvo tintes alucinantes en aquel clima obsesivo y denso—. Vamos, Savage, ¿es que ahora quiere contarnos cuentos de niños y de viejas?

—Nada de eso, Braun. Usted está vivo. Y ya había muerto. Janet está viva. Y yo la había matado en nuestro viaje planetario. Todos, todos nosotros, ustedes lo están viendo, vivimos de nuevo. ¿No es eso algo así como pactar con el diablo?

—¿En qué sentido habla, Savage? —preguntó agriamente Héctor Larsen.

—Es un sentido figurado, naturalmente —rió Martín—. Puedo ser un personaje perverso y terrible, pero no un aliado de Satán. Sin embargo, si el diablo encarna en ciertas formas de vida, se puede decir que sí. Que firmé un pacto con él. Y que ahora, gracias a ese pacto…, ustedes siguen viviendo.

—Es absurdo —dijo lentamente Janet, mirando con terror a Savage—. No haría nada por nosotros. Usted… usted me… me asaltó. Creo que me estranguló. Que aniquiló mi vida.

—Sí, eso hice.

—¿Cómo puede hablar ahora de todo eso? Carece de sentido. Quizás éste sea un mundo de prodigios. Pero no tiene usted parte en ellos, Savage. Sigue siendo un asesino, aunque nos librara de morir. Y sigue teniendo seis vidas sobre su conciencia. Si es que aún no morimos nosotros también… de un modo *definitivo*. Esto no es ciertamente el Asteroide-Hospital
R-106.
Y… ¿quién tuvo la culpa de que eso sucediera? ¿Quién alteró los mandos y rumbo de la nave «Pilgrim III», y nos llevó hasta este mundo maldito?

—Yo —confesó Savage con un suspiro—. Yo lo hice todo.

—Pero… ¿por qué, por qué? —gimió Larsen—. ¡No logro entenderle a usted!

—Nadie lo entiende —apoyó Braun con dureza—. Es un ser extraño, anómalo. Mata, destruye… y luego pretende crear de nuevo, influir en el retorno a la vida. ¿Qué es, exactamente? ¿Un hombre, un demonio… o algo peor que todo eso?

—No tengo poderes mágicos, no soy un superhombre ni un diablo. No tengo derecho sobre la vida y la muerte de los seres. Pero puedo influir en ellas…, si estoy en este lugar.

De modo que lo confiesa.

—Confieso… ¿qué?

—Estuvo antes aquí, ¿verdad?

—Claro —suspiró Savage—. Estuve antes aquí. Por eso volví a la Tierra. Por eso les traje aquí. Por eso sobrevivimos ahora.

—Sigue sin tener sentido.

—Tal vez lo tenga si les digo que esto tiene un precio. Ese hipotético pacto diabólico… existe. Sólo que es con el diablo del Planeta Negro.

—¿El «Diablo del Planeta Negro»? —Parpadeó, trémula, Eileen Cortland.

—¿*Quién* es ese diablo? —saltó enérgicamente Wallach.

—No tiene por qué ser «quién». El poder del demonio es, a veces, un soplo de viento ardiente, una fuerza de la Naturaleza desatada, una tentación perversa en el hombre… o un fenómeno psíquico, infrahumano o cósmico. En todo lo que signifique mal… está el diablo. Se agazapa detrás, nos acecha y nos enrosca en sus redes siniestras.

—Tonterías —jadeó, escéptico, Luther Braun—. No creo una palabra de eso. ¿A dónde le lleva su palabrería, Savage? Si realmente es obra de usted esta resurrección, no creo que le debamos nada. Usted provocó el mal. Usted, en justicia, si estaba en su mano, debía hacer de nosotros un puñado de Lázaros en este lugar abominable. ¿Por qué lo hizo todo? Ésa es mi duda, ésa es la duda, la pregunta de todos nosotros… ¿Puede responder?

—Sí, puedo responder. Muchas preguntas quedaban contestadas en la agenda en donde Janet Owens intentó descubrir la verdad. Mi verdad. Tal vez, con el tiempo, la verdad del mundo y de los seres que hereden nuestro terrible legado de horror y de angustia. Pero ¿qué podemos hacer? Yo intenté cuanto me fue posible, luché como un desesperado contra mí mismo. ¿Y qué logré? Nada, absolutamente nada. Sólo traer a la superficie de este planeta odioso a nuevos seres que no tenían derecho a morir, a ser engañados, a sufrir un destino mil veces peor que la misma muerte. ¿Yo, culpable? Sí, tal vez. Farrell tuvo razón. Todos la tuvieron al

acusarme, al señalarme con el dedo. Pero ¿qué podía hacer, pobre de mí, por evitar mi espantoso destino y el de todos ustedes, mis amigos y compañeros de viaje? ¿Qué puede hacer el hombre, frente a los poderes maléficos, llegados de más allá de las tinieblas?

—Ha dicho que puede responder esa pregunta: ¿por qué lo ha hecho? —Era Janet Owens quien hablaba, fija la mirada en el hombre «que la mató». En el hombre que oprimió su garganta hasta la asfixia, allá en el «Pilgrim III»—. Respóndala, entonces. Diga, Savage, ¿por qué lo hizo?

Martín Savage contempló el semicírculo de rostros tensos, anhelantes, de gestos que se mantenían pendientes de sus palabras. Sintió dolor, lástima, compasión por todos. Y asco por sí mismo, por aquello que habían hecho de él…

—Está bien —suspiró—. Van a saberlo todo. Absolutamente todo. Ahora sabrán por qué destrocé las páginas de mi agenda de viaje. Por qué comencé una carta que era una confesión. Por qué llevé al desastre a seis seres. Por qué les traje a todos aquí… Ahora van a saberlo.

—Mucho tendrá que inventar, Savage, si espera que le creamos —apuntó Ross Farrell entre escéptico y agresivo—. Es un asesino, un traidor. ¿Cómo espera borrar ese concepto de nuestras mentes?

—Con la verdad. No inventaré nada, Farrell. Nada. Voy a Serles sincero. Terriblemente sincero. Desde el momento en que el «Pilgrim II» perdió el rumbo y…

CAPÍTULO VI

LA VERDAD DE SAVAGE



mpezó en ese momento, amigos. Cuando el «Pilgrim II» perdió el rumbo, tal como sucedió posteriormente en nuestra nave.

»Para mí, para todos los demás, fue el principio…

»No se diferenció en mucho de lo actual. Sólo que entonces… todos llevábamos traje espacial. Yo, Martín Savage, guía-piloto de la nave sideral, no cometí ninguna traición con mis camaradas.

»A pesar de ello, el "Pilgrim II" se estrelló en el suelo negro del planeta ignorado. Y perdimos el conocimiento…

»Al recuperarlo, las cosas eran muy distintas. Flotaba en una materia gris, acuosa. Parecía un río o algo así. Sentía consciencia de mí mismo, de mi existencia. A pesar del terrible impacto, *vivía*. No me dolía nada en mi cuerpo; solamente una paz inmensa, un sosiego extraño, apacible, me invadía. Era como flotar sobre nubes,

en un mundo ligero y feliz. Quizá, como los drogados, era un mundo demasiado grato para ser real.

»Y no era real. No era real esa paz interior, física y espiritual. Era, simplemente, una forma de inconsciencia, de languidez, de reposo físico y mental. Luego, me di cuenta de que extraños corpúsculos, masas de placas gelatinosas, casi agua cristalizada y blanda, se adherían a mi cuerpo, permitiéndome flotar como si mil lanchas neumáticas, diminutas, se mantuvieran a flote en el extraño río que corría hacia un lugar ignorado del mundo en que me hallaba. Otros cuerpos flotantes se cruzaron conmigo: los Farrell, los Adam… Todos los viajeros de la nave “Pilgrim II”, que, como ustedes, esperaban sanar en el Asteroide-Hospital
R-106.

»De nuevo perdí el conocimiento, esta vez por completo. Me sumí en sombras, en un sopor que no supe cuánto duró. Y finalmente…

»Finalmente, me hallé en la gruta. Reposando entre rocas negras y charcos de agua cenicienta. Bajo una cascada irisada de la misma agua, que corría entre agudas piedras, desde una gran altura. La luz de unos astros que no reconocí penetraba, con claridad azulada, dentro de la gruta, a través de grietas que casi alcanzaban su bóveda rocosa, a lo largo de altísimos muros de piedra brillante, negra y húmeda.

»El lugar poseía un gran silencio, una quietud fantástica. Y, a la vez, inquietante. Me contemplé a mí mismo, reclinado sobre el muro rocoso, recibiendo las salpicaduras frías de aquel agua plomiza. Ya no tenía corpúsculo alguno y pensé que quizá lo había soñado.

»Luego, casi en el acto, supe que no era un sueño. Fue muy curioso. Lo supe, porque automáticamente, como obedeciendo a un grito interno, DEJÉ DE SER MARTÍN SAVAGE, para ser un corpúsculo gelatinoso del Planeta Negro.

»Uno… o un millón. O diez docenas de trillones. No sé. Lo cierto es que… *no era yo*. Algo ocupaba mi mente. Algo extraño, ajeno a mí mismo y a mi materia. Pero, desde luego, mucho más autoritario y fuerte que mi voluntad, que mi persona toda. Algo que me dominaba tiránicamente en cuanto despertaba. Y acababa de despertar.

»*Ya no soy Martín Savage*», me dije a mí mismo entonces. «*¿Quién soy?*».

»*Soy un "planctiforme*", me respondió alguien, quizá yo mismo, desde dentro de mi ser.

»*Y puedo ser muy útil a mis hermanos*».

»*Útil a mis hermanos*». Era una frase rara. Yo, cosa curiosa, la acepté como normal. Creo que, ya entonces, dejé de ser Martín Savage.

»Supe que había hecho un gran bien a mis gentes de aquel lugar. Les había llevado formas de vida desconocidas. Un medio de estudio de otras especies vivas. Una forma de experimentar con su poder de trasplante y de dominio celular sobre cualquier materia viva, e incluso inteligente.

»Así, dejé de ser Martín Savage… para ser un "planctiforme"…».

* * *

«Es curiosa la forma que tienen los "planctiformes" de crear algo allí donde nada existe. Las ruinas del "Pilgrim II" eran poco menos que inservibles. Unos millones de corpúsculos gelatinosos, grises y en movimiento, que emergieron del río, dieron pronto forma a su materia destrozada, renovaron las moléculas, y me dieron lo que me bacía falta: el monorreactor salvavidas.

»Con él volví a la Tierra. No era yo el que volvía, sino un millón o más de "planctiformes", metidos en mí. O, mejor dicho, infiltrados en mis tejidos y células, hasta formar parte integrante de mi ser, mis pensamientos y voluntad, sin deformar nada de todo ello, de cara al exterior.

»¿Comprenden ahora por qué hice lo que hice? ¿Por qué les engañé, traicioné, por qué di una versión falsa a los demás, y por qué regresé, a sabiendas de que nuevos seres humanos pasarían a formar parte de la colección de cobayas de los "planctiformes" del Planeta Negro?

»Era una misión concreta. No me pregunten por qué la cumplía, qué pensaba yo al realizarla, ni nada de eso. No lo sé. Tal vez nunca lo sepa… Lo único cierto, es que *tenía* que hacerlo. Y lo hice.

»Les llevé conmigo adonde mis hermanos les reclamaban. Era un fiel servidor. Pero mi astucia sutil, mi engaño habilidoso a todos los

miembros de la Central Cosmonáutica de la Tierra llevó algún tiempo. Sorprendentemente me di cuenta en el vuelo del “Pilgrim III”, que sólo *a ratos* estaba poseído de mi fuerza externa. Había momentos en que mis moléculas extrañas *se dormían* o *reposaban*. Eso quería decir que la fuerza «planctiforme» se extinguía. O que sus diminutas criaturas se agotaban, con el esfuerzo continuado, y necesitaban un reposo creciente, dentro de mí. O bien que iban a morir. De cualquier modo, empecé a ser yo mismo, el Martín Savage de siempre. Sólo en ocasiones, es cierto. Ocasiones en que trataba de enmendar el mal que hacía siendo esclavo de los ajenos deseos.

»Y ahí empezó la doble lucha entre *dos* Martín Savage, que, para vosotros, era *uno* solo. Mentalmente, en corazón, en espíritu, en voluntad, éramos dos seres antagónicos bajo una misma epidermis. Luchábamos violenta, furiosamente el uno contra el otro, el extraño contra el auténtico y viceversa. A veces, ganaba uno la partida. Otras veces, era el contrario quien vencía. Esta titánica lucha permaneció dentro de mi ser durante todo aquel tiempo. De ese modo, el empeño noble o la vileza, predominaban sobre lo demás, según los casos.

»Así, alteré los mandos, situando los controles de la nave en la frecuencia magnética que exigían las ondas del Planeta Negro para atraer a la nave hacia sí, desviándola del rumbo habitual. Así, desgarré los trajes espaciales que podían serviros de algo. Así… maté a Janet Owens, y así desgarré las páginas de la agenda que había escrito siendo yo mismo, el auténtico Martín Savage. Así también, dejé de escribir la confesión completa que inicié en otro de mis momentos de íntima lucidez, ansiando revelar la verdad. Era una lucha agotadora, sorda, constante. Y, lo que era peor, nadie podía advertirla, porque se desarrollaba aquí, dentro de mis células, de mi propio cerebro.

»Hubo un momento en que creí que llegaría a vencer totalmente. Las células extrañas, los corpúsculos planetarios infiltrados en mí, dejaban ya de hacer sentir su influencia sobre mis reacciones. Pero eso era ya a última hora. Cuando nos precipitábamos sin remedio en el mundo de negros suelos y aguas grises, cuajadas de criaturas vivas, de “planctiformes” gelatinosos y astutos, diminutos como gotas de agua y translúcidos como medusas o formas vítreas.

»Entonces, con mi único traje espacial, producto de mi traición, resolví luchar en favor de todos vosotros, actuar de forma que no pudierais caer jamás en poder de la materia viva y dominante del fantástico y alucinante mundo negro.

»No pudo ser. En primer lugar, porque nos precipitábamos ya, sin saberlo yo, hacia la superficie del planeta. En segundo, porque Luther Braun, al hender con su hacha mi casco protector, me sometía a igual muerte aparente que la vuestra. Esa muerte que en el ámbito terrestre sería real, que aquí, en este mundo, *también* lo es…; pero que los “planctiformes”, regenerando vísceras y tejidos, renovando el funcionamiento total de los organismos a su antojo, pueden *convertir en vida*. Por eso, los grises ríos de este mundo, son manantiales de vida, fuente de juventud y renovación. Ellos provocan el fenómeno físico de reactivar la circulación sanguínea, de fortalecer las células muertas, renovándolas por un raro, vertiginoso proceso de metamorfosis molecular, y ellos, en suma, dotan de vida a los muertos. Convierten una muerte real en simple apariencia, o inconsciencia momentánea. La Medicina, con materia así a su disposición, debidamente controlada y dominada, haría prodigios en el futuro.

»Ya en la Tierra, tiempo atrás, se descubrió una sustancia microscópica que es como el común denominador de toda forma de vida. La llamada “molécula ADN”, o ácido desoxirribonucleico[1].

»Pero eso era un principio. Sigue siendo un principio con el que juega la Ciencia para prolongar la existencia vital, para regenerar tejidos viejos o para atacar zonas cancerígenas, con vario resultado. El final… podría ser esto: la materia viviente del Planeta Negro. Pero desgraciadamente, ¿quién puede controlar una fuerza viva que pretende dominar a los demás, en vez de ser dominada, y que tiene energía suficiente para lograrlo? El peligro, entonces, sería quizá mayor que el propio resultado hipotético de la prueba.

»Amigos míos, ustedes estaban muertos al llegar a este planeta. Yo mismo agonizaba, y, si me mantenía en pie, era por la dosis de “planctiformes” que aún existía en mis tejidos. Logré sacar fuerzas de flaqueza…, y llevarles a todos a uno de esos ríos de vida. Les devolví la existencia… que era todo lo que podía hacer ya por ustedes.

»Yo mismo notaba que iba a perecer. Se agotaban mis fuerzas,

quizá mis propios “planctiformes” estaban muriendo dentro de mí. Y, a mi vez me arrojé al río gris. He vuelto, pues, a la vida. Con ayuda de los «planctiformes» que ahora nos dominan a todos, he logrado reconstruir con materias destrozadas esta vivienda. Estamos aquí, amigos. Con nuestros cuerpos, nuestros tejidos, nuestras moléculas, tan renovadas como el metal de este alojamiento antes carbonizado. ¿Y de qué nos servirá todo eso?

»Yo no sé. No puedo prever lo que va a ocurrir en el futuro. Es posible que traicionemos a nuestra gente, que volvamos al mundo terrestre, convertidos en emisarios de esa diabólica fuerza viva del Planeta Negro. Pero nada puedo hacer por evitarlo.

»Lo último que pude hacer fue devolverles la vida, y enmendar así en cierto modo la ruindad del falso Martín Savage que vivía en mí. Con ello, acaso he creado una serie más amplia de monstruos humanos. No sé. Todo depende de que logremos vencernos a nosotros mismos, derrotar a esa materia, dentro de nuestro propio ser. Existe un período de transición, que es el que ahora estamos pasando. Dentro de poco, empezaremos a sentir, y ser y pensar como nuestros “revivificadores” de este mundo desean. Entonces advertiremos cuánta es su fuerza. Entonces sabremos que, realmente, estamos en su poder.

»Y que sólo Dios, con su omnipotencia infinita, puede librarnos de lo peor…

»Pero yo confío en Dios. Tengo fe en que el hombre ha de ser superior a toda otra forma de vida. Por eso, tal vez, lo arriesgo todo a una baza. Pudimos quedarnos convertidos en cadáveres. Yo mismo provoqué el cambio esta vez. Les doté de una nueva y demoníaca vida. Una siniestra existencia que puede llevarnos a la destrucción de todo lo humano.

»No sé si sucederá. Sólo sé que hemos llegado hasta aquí. Que, a partir de aquí, nadie de nosotros será dueño de sus actos, sino esclavo de ajenas ideas. Y que, por tanto, desde este mismo instante, estamos en las manos del Señor.

»Creo que ya termina mi lucidez, amigos, También la vuestra, ¿verdad? Sí, lo veo en vuestros gestos, en vuestras miradas…

»Ya no somos lo que éramos. Ahora, todos, absolutamente todos, somos iguales. Es la mejor prueba de que Martín Savage, el auténtico Martín Savage, nunca os traicionó.

»Lo siento. De veras que lo siento, amigos… Como sentí atacar a Janet Owens, matarla, sabiendo que algo más fuerte que la camaradería o la amistad me atraía hacia esa muchacha.

»Sí, Janet. No me mires así. Yo… yo te amaba. Me enamoré de ti en este viaje. Pero olvida eso. Olvídalo, pequeña Janet.

»Ahora, después de todo, vamos a olvidar.

»No sé si esto es vivir… o morir.

»El pacto diabólico está hecho. Ahora, toca pagar. No sé si solamente con nuestros cuerpos y nuestra mente… o también con el alma.

»Si así fuese, perdón. Perdón, amigos. Perdón, Dios mío…».

CAPÍTULO VII

«PLANCTIFORMES».

e contemplaban todos.

Fija, larga, silenciosamente. Porque Martín Savage ya había dejado de hablar. Nadie replicó a su historia. Nadie le tildó de embustero ni imaginativo. Nadie se encaró con él.

A Martín Savage le dolió eso. Le dolió, porque supo que lo peor había sucedido. Él devolvió la vida a todos. Una vida inútil, porque ya ni siquiera eran ellos, sino unas formas humanas cuya materia viva era algo nuevo, regenerado por el agente extraño infiltrado en sus moléculas, hasta alterar la estructura de éstas, ocupando prácticamente su sitio en los puntos vitales y neurálgicos del sistema viviente del hombre.

Héctor Larsen, Luther Braun, Ralph Wallach, Eileen Cortland, Janet Owens, Rhonda Stuart y Ross Farrell eran siete autómatas que le contemplaban con aire estúpido, perplejo. Siete personajes

transformados en algo amorfo e inconcreto, en una lucha patética e interior entre su propio ser, que emergía lúcido en algunas ocasiones, muy pocas, y el nuevo ser infiltrado en las células desde el instante mismo del baño en el agua gris.

Paulatinamente, esa lucidez propia se iría haciendo más intensa. Hasta parecer que dominaba el propio ser humano a los nuevos tejidos adheridos a su ser. Pero el auténtico desenlace de esa lucha, nadie lo conocía. Y el dominio de los «planctiformes» era lo bastante amplio y duradero como para intentar provocar un caos allá en la Tierra, enviando nuevos agentes que engañaran a la investigación terrestre, tal y como él mismo la engañó al regresar.

—Traidor —jadeó lentamente Luther Braun—. Eres un traidor, Martín Savage.

Martín pestañeó.

—Es un traidor —confirmó con voz sorda Héctor Larsen.

Otro pestañeo de Martín, al virar la cabeza hacia Larsen.

—Traidor —corroboraron a coro, señalándole, las femeninas voces de Eileen, Janet y Rhonda, extendido acusadoramente el índice hacia él. Como las Parcas de una tragedia fatalista o como el Coro de un épico relato griego—. ¡Traidor, sí!

—Debe morir —sentenció por fin Ralph Wallach—. ¡Debe morir *ahora*!

Martín Savage se estremeció.

«Morir»… Era una palabra rara. Muy rara, pronunciada por ellos, que *ya estuvieron muertos* anteriormente. Morir… Pero morir… ¿cómo? ¿Hasta *dónde*?

Los papeles se habían cambiado. No eran las voces de sus compañeros de viaje sideral. No eran los astronautas enfermos que viajaron hacia el nunca alcanzado Asteroide-Hospital
R-106.
Eran «otros».

Eran…, lo que él fue antes. Cosas. Simples *Cosas* de apariencia normal. Nada más. Y Las Cosas le acusaban. Le señalaban. Le sentenciaban.

Ahora, mientras él seguía siendo Martín Savage, mientras conservaba su lucidez mental y la consciencia de que era él, él mismo…, los demás no eran ellos mismos. Por eso le acusaban con aire monocorde, con aspecto de autómatas de carne y hueso.

Terribles autómatas como él lo fuera antes.

«Morir»…

Sí. *Morir* podía ser una palabra siniestra y terrible en boca de «otros» que no eran humanos.

Morir… ¿en qué forma?

Retrocedió lentamente, alzando una mano. Lo que dijo parecía grotesco, carecía de sentido. Era como recitar un papel absurdo ante un grupo de máscaras, de comparsas grotescos y delirantes:

—¡Esperad, esperad! —jadeó—. ¡No me condenéis aún! ¡No tenéis derecho! ¡Sabéis, mejor que nadie, lo que hice! ¡Os llevé a la destrucción, te ataqué a ti, Janet!… ¡Destrocé vuestros trajes espaciales, desvié la nave hacia este mundo! ¡Engañé a toda la Tierra, me fingí un hombre noble y leal! ¿Qué podéis reprocharme? ¡Cumplí mi tarea hasta el fin!

Meneó la cabeza, aturdido. No sólo porque ellos no le atendieran ni dejaran de moverse, acusadores y sombríos, en dirección a él. No sólo por eso, ciertamente… sino porque sus palabras daban la sensación de un puro disparate. ¿Cómo defenderse uno, acusándose ante los demás de algo hecho contra ellos mismos? ¿Por qué reconocerse asesino, falsario, traidor, para justificar su lealtad?

Y, sin embargo, así era. Así tenía que hacerlo, para tratar de convencerles. Pero ellos no se convencían. Es más: ellos notaban que él no era uno más del grupo. Por alguna razón inexplicable, su mente continuaba lúcida y los «planctiformes» no habían hecho mella en su organismo.

Martín Savage continuó su retroceso hacia la puerta, la única puerta existente en el alojamiento construido sobre el negro suelo con las superficies metálicas de la nave, regeneradas por los «planctiformes» con su pasmosa facilidad.

Ellos no estaban dispuestos a dejarle libre. No querían que escapara. Su movimiento envolvente, implacable, progresivo, iba cerrando el cerco en torno del infortunado piloto espacial.

—Muerte —silabeó con crueldad Rhonda Stuart—.

¡Muerte para Martín Savage, el traidor!

—No escaparás —sentenció Ross Farrell, siniestramente—. No puedes escapar. Vayas a donde vayas en nuestro mundo… *¡morirás!*

—Y la muerte aquí… es la muerte *total* —silabeó Luther Braun —. ¡Nadie vuelve jamás de ella! Tú deberías saberlo, Martín

Savage…

Martín, vacilante, retrocedía paso a paso hacia aquella única salida. Veloz, Héctor Larsen se estiró, alcanzándola antes con su elástica, huesuda figura. Pero Savage giró en redondo y le asestó un martillazo formidable bajo el mentón.

Por muy dominado que estuviera por la materia corpuscular del Planeta Negro, lo cierto es que Larsen no soportó el mazazo de los puños del piloto y con un gemido, se fue dando tumbos hasta rodar a los pies de Braun, que pareció indiferente ante la suerte adversa de su compañero.

—Los «planctiformes» no crean superhombres —avisó fríamente Martín—. Sólo hombres vulgares, Braun. Recuerde que combatiré hasta el último instante de mi vida.

—No te servirá de nada.

Implacable, imperturbablemente, los demás se movieron casi pisoteando a Héctor Larsen. Martín sabía por experiencia cuán despiadado podía ser uno, cuando fuerzas no humanas controlan los pensamientos y los actos. Quizá por eso tuvo aún más miedo de lo que sucedería allí.

Tenía ante sí a media docena de seres movidos por una materia de la que apenas si sabía nada, a pesar de haberla alojado en sus tejidos durante semanas enteras. Y, probablemente, en algún lugar del planeta ceniciento, otros seis seres deambulaban ahora, como ánimas en pena, como fantasmas siniestros, que se le enfrentarían con la misma virulencia mortal: Albert Farrell y su esposa, los Adam y sus novias… Otros seis enemigos peligrosos.

Pero quizá ni siquiera llegase vivo a ellos. Sabía que estaban dispuestos a matarle. Era una conspiración feroz, satánica…, movida por voluntades ajenas. Voluntades aunadas por un común afán destructor. El afán de unos corpúsculos regeneradores, que igual sabían crear vida como destruirla.

Tenía ya la puerta a su espalda. Si se volvía para abrirla, saltarían sobre él al unísono y le derribarían… Sólo Dios sabía lo que seguiría a eso.

No se volvió de espaldas a ellos. Accionó la mano por detrás, moviendo el resorte de cierre. Éste resistió.

Luther Braun y Ralph Wallach, los dos hombres más fuertes y recios del grupo, se abalanzaron sobre él violentamente.

Martín Savage también era fuerte. Muy fuerte. Y luchaba por su vida. Titánica, desesperadamente, se enfrentó con ambos a la vez. La misma fuerza mortal que antes tuviera él para destruir a otros, la tenían aquellos adversarios para encararse con él.

A pesar de eso, Martín Savage logró conectar una serie fulminante de golpes al rostro e hígado de Braun, en tanto sus rodillas subían brutalmente hasta el vientre de Wallach, que se dobló, tosiendo. Luego, fue Wallach quien recibió una serie de directos, disparados desde muy cerca, en tanto Braun recibía un patadón salvaje en pleno rostro, que lo derrumbó aparatosamente.

Ross Farrell corrió entonces, con un rugido, contra Martín Savage, quien reculó, veloz, volviendo a accionar la puerta a la desesperada. Ya las mujeres se movían, reforzando la acción de los tres hombres. Martín logró abrir.

Saltó al exterior. Al mismo tiempo giró el cuerpo con energía, e hincó un codo entre los dos ojos de Farrell, quien chilló. Savage le derrumbó de un golpe de canto en la nuca, con su mano abierta. Farrell rodó, dando voces sordas, en tanto las mujeres pugnaban por perseguir a Martín, que estaba ya lanzado a la carrera sobre los negros pedregales carbónicos, bajo una niebla que flotaba, enroscándose a los cuerpos, saturada de gases venenosos en desproporción con el helio y el nitrógeno. Los pulmones humanos difícilmente respiraban allí, sin la ayuda de trajes espaciales y cámaras de oxígeno. Pero, aunque las sienes zumbaban, latía con más fuerza el corazón y el organismo todo parecía rezumar un acre sabor a metal, la vida era precariamente posible. Al menos, mientras Savage corría desesperadamente, como si tuviera alas en los pies, sus pulmones iban ingiriendo y exhalando cierta cantidad de aire respirable. La estrictamente precisa para no morir de asfixia.

Allá, muy lejos, sobre su cabeza, la tumultuosa atmósfera del Planeta Negro seguía su atormentada existencia, sus convulsiones gaseosas, entre franjas cárdenas y centelleos azulados, relámpagos sordos en la distancia, que acusaban la existencia de grandes tormentas eléctricas en las altas capas atmosféricas del extraño, enigmático mundo.

Era como correr en medio de una pesadilla, o en una noche de temporal entre breñas y peñascales de un litoral nórdico. Incluso sombras, como duendes septentrionales, como hados y brujas del

Norte terrestre, flotaban en la distancia, en un juego delirante de luces y sombras, de relampagueos y de fulgores demoníacos.

Y todo eso, sobre un suelo horripilante. Negro, infinito, árido, pelado y rocoso. De brillante piedra negra, como azabache o como tinta espesa, petrificada por un artilugio diabólico.

Bajo sus pies, la masa de aquel mundo pequeño —su pequeñez era identificable incluso a simple vista, por la acentuada redondez del horizonte, curvándose en la estructura esférica del planeta— hacía posible el prodigio físico de que su cuerpo pesara exactamente igual que si pisase la Tierra. La gravedad apenas variaba, o lo hacía en forma imperceptible. Mecánicamente, Martín Savage pensó que ese fenómeno sería debido a la enorme masa de metales desconocidos, pesadísimos, que formaban el núcleo central de aquel cuerpo celeste, aumentando su fuerza gravitatoria sobre el ser que pisara la superficie, o sobre cualquier objeto de ésta. También era factible que una especie de supermagnetismo, emergiendo del núcleo o irradiado por la superficie negra, adhiriese los pies al terreno negro impidiendo notar la diferencia de gravedad.

De cualquier modo, todos esos problemas científicos, igual que la cuestión de presión atmosférica y todo lo demás, eran para Martín Savage tema de secundaria importancia, en estos momentos en que la muerte rondaba en torno suyo. Aquel mundo desierto, cálido y venenoso por el que corría desalentado, con sus cabellos en desorden, la faz lívida y los músculos cansados, era alucinante, hosco y primitivo. Tenía una sola obsesiva idea:

Huir… ¡Huir!

Pero huir… ¿a dónde?, ¿de qué? Y… *¿cómo?* Demasiadas preguntas sin respuesta. Demasiada incógnita, demasiada oscuridad en torno. Una oscuridad que agobiaba, que aplastaba, que demolía las fuerzas físicas y anímicas del ser, que le empujaba a un abismo de desesperanza, de terror, de muerte…

Fue como si todas aquellas sensaciones cobraran de pronto magnitud física, una forma y volumen reales. Porque, cuando Martín Savage, en su carrera vertiginosa, llegaba a un abrupto pedregal, sobre cuyas moles negras y brillantes reptó como un lagarto, y se volvió a ver si le seguían, descubrió que no se veía a sus perseguidores, que parecía hallarse sólo en aquel paisaje tormentoso y feroz, hosco y violento.

Pero también perdió el equilibrio, la estabilidad, la firmeza del suelo que pisaba… Sus pies se hundieron en algo vacío, oscuro, profundo. Una sima que lo engulló. Un fondo que parecía no tener fin, y en el que su cuerpo se perdió, en rebotes sordos, mientras su voz, en un grito ronco, quebrado, iba también rebotando, hasta extinguirse allá en el final de la sima negra.

Quizás en el reino mismo de las tinieblas y de la muerte.

CAPÍTULO VIII

COMPAÑERO DE SOLEDAD

uego, después de morir, despertar.

Como la vez anterior sucediera. O acaso esta vez, ni siquiera había muerto. No, no podía estar seguro de su muerte. Esta vez, no.

Pero sí estaba seguro de su retomo a la realidad, a la vida, a la consciencia. Acababa de abrir los ojos. Y no tuvo que cerrarlos de nuevo, porque la claridad era difusa, turbia, mortecina, con tonalidades de ópalo, que a veces producían un reflejo de iris en las pupilas humanas.

Se incorporó. Miró en torno, tratando de saber qué sucedía, dónde podía estar.

Y entonces supo que no estaba solo. Entonces supo que tenía un compañero de infortunio. O quizás un enemigo, no podía saberlo…

Pero aquel ser, amigo o enemigo, estaba al fondo del lugar

donde se hallaba. Vuelto de espaldas a él. Hacía algo, inclinado sobre el suelo. Martín se movió. Eso le provocó un dolor en la cabeza. Respiró con fuerza. El aire sabía a metal, a óxido, a veneno. Pero podía vivir.

Al emitir su quejumbroso gemido, aquella persona se volvió. Lentamente, sin prisas. Le miró. Una faz pálida, apenas una mancha sobre fondo negro, opalescente de luz. Le saludó.

Con voz cálida, suave, amistosa. Con voz humana, en todo el enorme, entrañable sentido de la palabra:

—Hola. Hola, Martín Savage. ¿Se encuentra bien, amigo?

Martín asintió. Con la cabeza, porque había perdido la facultad de hacerlo con la voz. Carecía de palabras, tal era su estupor, su incredulidad.

—¡Usted! —jadeó, atónito, mirando a la persona que, como un espectro increíble, se movía hacia él, llevando algo. Algo que terminó identificando como un cuenco de piedra y un fragmento de ropa, a guisa de paño o toalla—. Dios mío, usted… ¿Qué significa esto?

—Significa que aún existo —sonrió aquella persona—. Y, por lo que veo, usted también, Martín. No sabe lo que eso me alegra…

Martín Savage tragó saliva. Su compañero de aventura era «compañera».

Concretamente… se trataba de Sonia Farrell, la esposa de Albert Farrell. Viajeros ambos en el «Pilgrim II». Era, además, la hermosa, rubia y espiritual Sonia, cuñada del vengativo Ross Farrell, el muchacho polizón en el «Pilgrim III».

Casi, casi, un encuentro cósmico. Un reencuentro, con un ser de quien no había esperado volver a saber nada más.

—Sonia…, —jadeó Martín Savage—. Dios mío, Sonia… Usted aquí. Viva… ¡Es un prodigio!

—Sí, es un prodigio que ocurran cosas así —sonrió ella suavemente.

—¿Y…, libre de… de «planctiformes»? —musitó Martín, con repentino temor.

—Totalmente —ella, con un gesto, mostró su cuerpo—. Al menos, eso creo yo. ¿Y usted?

—Estuve en posesión de ellos una temporada. Volví a la Tierra, mentí y engañé… Ahora estoy libre. Vuelvo a ser yo mismo. No sé

por qué…, pero así es.

—Me alegra que ocurriese, Martín. Creo que esta soledad no podría haberla soportado mucho tiempo más.

—Hubo lágrimas, humedad en las pupilas de Sonia Farrell. —Era como enloquecer lentamente…

—¿Y… su marido, Albert Farrell?

La hermosa y triste faz de la rubia Sonia Farrell se ensombreció repentinamente. Miró a Savage con angustia.

—Él…, él no tuvo tanta suerte, Martín.

—¿Muerto?

—Como si lo estuviera. No sé qué puede ser peor…

—Movió la rubia cabecita con pesar. —Está aquí, conmigo. Venga a verlo, Martín. Entenderá mejor así.

Le ayudó a levantarse, y Martín no rechazó la ayuda. La muchacha, además de la esbeltez, conservaba sus energías. En cuanto a él la caída le había dañado las piernas. Le dolió mucho ponerse en pie. Pero lo soportó, y avanzó junto a Sonia, llegando a soltarse de ella cuando comprendió que podía valerse por sí mismo,

El lugar era una caverna u hondonada. Una profunda grieta entre negras rocas, una galería subterránea, en aquel mundo de horrores silentes. La luz parecía llegar de cierta especie de rocas y manantiales luminescentes, de aguas dotadas de fosforescencia propia, que nada parecían tener en común con el agua gris de los «planctiformes».

Mientras caminaban, Sonia Farrell utilizó el paño plástico, empapado de agua luminescente: lo pasó por el rostro de Martín Savage y sus manos. Él, instintivamente, retrocedió. Sonia, con una sonrisa suave, le explicó:

—No tema. Esto no es líquido «plánctido». Es agua fosfórica de este planeta. Inocua e incluso medicinal. Le reanimará y dará energías.

Era cierto. Savage se sintió más animoso. Como el que toma una droga o recibe un estimulante. Pero con una sensación más ingrávida y luminosa. Siguió al lado de Sonia, por aquel fantasmagórico mundo de sombras, luces y reflejos, de rocas negras, de azabache brillante, y de aguas luminiscentes.

Por fin, se detuvieron en una especie de rotonda circular, entre altísimas rocas negras. En su centro, se alzaba un peñasco negro, de

forma plana, oblonga.

Y en el peñasco, tendido, pálido e inerte, sin la menor señal de vida, estaba alguien. Alguien a quien Martín Savage conociera como Albert Farrell, el hermano del impetuoso y rebelde Ross…

Sólo que ahora…

Martín no pudo evitar que un gemido de horror escapase de su boca. Y, rápidamente, con tono angustiado y trémulo, Sonia asintió junto a él:

—Sí, Martín, es él. Mi Albert… Alguna vez, fue mi esposo, un hombre normal… Hoy en día…, mire en lo que se ha convertido…

Savage lo miró de nuevo, sin poder reprimir un escalofrío.

Ni siquiera parecía un ser humano. Hinchado, adiposo, lívido, como, si en vez de por carne, su cuerpo estuviese formado por una extraña goma hinchada de helio, o una gelatina amorfa y repulsiva, de lívido tono gris. Irreconocible, excepto por su cabello rubio, su atavío espacial, color aluminio y azul, reventado en muchos puntos del cuerpo, por la monstruosa dilatación del mismo, bajo aquel mal inexplicable.

—Dios mío… —Apartó Savage los ojos de «aquello»—. ¿Qué pudo sucederle a Albert Farrell, Sonia?

—No lo sé. Nadie puede saberlo —gimió ella, volviendo también la cabeza, seguramente para no contemplar aquel horror humano—. A veces, cuando he visto titilar los astros por esa grieta de la bóveda de esta gruta, he pensado que hay cosas tan horribles, que incluso las estrellas tiemblan. ¡Tengo miedo, Savage, mucho miedo!…

Y, con un sollozo crispado, se abrazó a él, convulsa, pegando el rostro a su cuerpo, hundiendo la faz en el torso del atlético piloto, que la rodeó con sus brazos, tratando de consolarla.

—Vamos, serénese, Sonia —rogó—. Yo veré qué es lo que le sucede a Albert… y es posible que podamos curarle, hacer algo por él…

Avanzó apenas dos pasos. Ella le aferró con frenesí, con angustia terrible.

—¡No, no! ¡No vaya, Martín! ¡Puede contagiársele! ¡Albert me lo ha avisado cuando tiene algún momento de lucidez! ¡Teme que eso sea contagioso y destruya a quien se le aproxima!…

—¿Cómo sucedió? —preguntó Martín Savage despacio, evitando aproximarse al ser yacente—. ¿No es resultado de su… de su tumor

maligno, el que les trajo precisamente aquí, en nuestro viaje clínico?

—No, no es eso —negó ella—. Yo misma era una enferma. Ya no tengo nada.

—¿Y los demás? ¿Sabe algo de Karl y Dave Adam, de Marion y Kate?

—Nada. No les he visto. Imagino que deambulan por este planeta. Pero mi mal era tan avanzado como el de ellos. Farrell y yo… nos habíamos casado en el sanatorio de enfermos incurables que existe en Nueva York. Antes de someternos a la prueba de Medicina Cósmica, ciertamente. Los rayos cósmicos ya nos mejoraron. Pero creo que fue aquí, bajo la acción temporal de esos «planctiformes», cuando el tumor se destruyó por completo.

—Los «planctiformes»… —Martín parpadeó, sorprendido—. ¡Claro! Regeneran tejidos, renuevan y alimentan células… Pudieron terminar con los tumores por su sola acción. Ahora lo entiendo, Sonia… Pero ese mal de Albert Farrell… ¿qué es entonces?

—Ya le dije que lo ignoro. Creo que es una infección, una nueva forma de dolencia o tumor de este mundo, que nada tiene que ver con los terrestres. Lo peor de todo eso es que he notado algo horrible, Martín.

—¿Y es…?

—Que Albert… Albert no es el mismo cuando duerme en un sopor como el de ahora, bajo los efectos de ese virus o bacteria desconocida…

Había algo siniestro, inquietante, en el tono tembloroso de la muchacha. Martín Savage la miró con sorpresa, con aire de intriga. Y ella, con espontánea decisión, parecía aguardar la pregunta del joven.

—Aclare eso, Sonia —pidió él en un susurro, mirando con aprensión al hinchado, amorfo, deforme y repulsivo Farrell de ahora —. Por favor…

—He notado…, he notado que Albert, mientras duerme… ORDENA algo a alguien. Se ha convertido en algo así como un CONTROL O CONDUCTO de «algo» o «alguien» dando órdenes a… a no sé quién.

A Martín se le erizaron los cabellos. La idea de que Albert, con su horrendo aspecto actual, pudiera ser el enlace entre un poder

siniestro y, tal vez, una energía viva como la de los «planctiformes», no resultaba agradable ni mucho menos. Sin embargo, era lo que se desprendía de las palabras estremecidas de la joven esposa.

¿Era posible que «algo» o «alguien» utilizara a Farrell como una simple «Cosa» entre sí y… otra materia dócil a su mandato?

Claro que era posible. Eso es lo que más preocupaba a Martín Savage, repentinamente enfrentado a una nueva, espantosa posibilidad que jamás imaginó: la de que alguno de los personajes del anterior viaje sideral, por particularidades mentales o físicas que él no podía entender, fuese vehículo de ideas, de órdenes ajenas. Órdenes… ¿de *quién*… o de *qué*?

—Vamos —pidió roncamente a Sonia—. Será mejor salir de aquí ahora. Veo que Albert duerme ahora… Quizá sea peligrosa la vecindad, si eso es cierto.

—Salir de aquí… —suspiró Sonia—. Sólo podemos volver a los corredores subterráneos. No he podido salir de esta gruta desde que caímos en ella, tras el caos de la nave espacial. Creo que ni siquiera posee salida.

—Alguna habrá —la calmó Martín—. La buscaremos, Sonia. Ahora dejemos a Albert.

—¡Espere! ¿Oye eso? —susurró, estremeciéndose, Sonia Farrell —. ¡A ello me refería, Martín!

Savage aguzó el oído, se aproximó lentamente al yacente y repugnante Albert Farrell, transformado al parecer en algo así como un *medium* entre un intangible mundo de horrores y aquél en que se movía ahora Martín Savage.

Estaba hablando. Ronca, lentamente. Como si en sueños, se dirigiese a alguien. Pero con extraña, tensa, autoritaria tonalidad:

—Vamos, vamos. Buscad, buscad… Martín Savage… está oculto… en una gruta. Buscadlo. Está cerca de mí…

¡Todos los míos, buscadle! ¡Debe ser destruido pronto de vuestra Mente! ¡Buscadle!… ¡Hay que destruir a los enemigos de nuestra Comunidad!

Horrorizado, pálido y lleno de horror, Martín retrocedió, cambiando una mirada de asombro con Sonia.

—¡Se refiere a mí! ¡Es como si me viese, aunque no ha abierto los ojos una sola vez ni ha hecho acción de estar consciente! ¡Repite lo que otro dice! ¡Se limita a ser como espejo de una voluntad

superior!

—¡Vamos, tenemos que huir de aquí, entonces! —jadeó Sonia—. Creo… creo que llamaba a… a…

—¡*A los «planctiformes»*! —Remachó decididamente Martín Savage—. Sí, Sonia, dígalo sin reparos. Es eso lo que he creído entender yo. Por no sé qué extraño fenómeno, su esposo se ha transformado en una especie de intermediario o mediador de órdenes. Es posible que su mente sea aguda, capacitada, y emita ondas de fuerte poder a alguna parte…, a los «planctiformes» que ahora invaden los cuerpos y mentes de mis amigos de viaje espacial.

—Pero…, pero no puedo entenderlo… ¿Por qué Albert? ¿Por qué, Martín?…

—No lo sé —dijo y le miró de nuevo, entre asqueado y compasivo—. Lo único que puedo decirle es que su esposo es ya como un endemoniado, un ser que no le pertenece. Que ya no nos pertenece a los humanos. Olvídelo, Sonia…, si le es posible. Piense que él murió. Morir es siempre más compasivo, más cristiano que vivir así, transformado en… en un monstruo abominable…

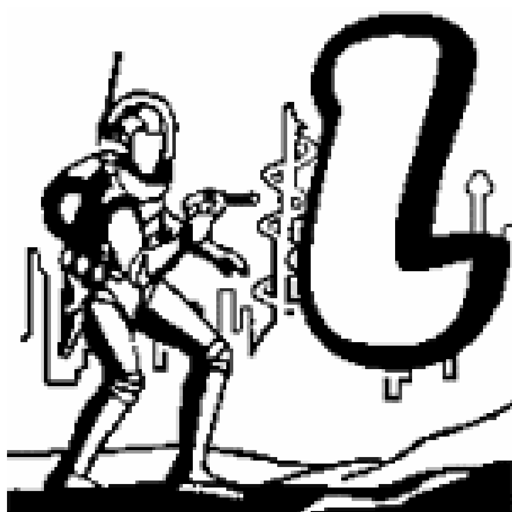
Sonia lloraba sin reparos. Se dejó abrazar por Martín Savage, con un estremecimiento. Y Martín la arrastró fuera de allí, donde aquel pobre ser que alguna vez fuera humano, llamado Albert Farrell, vivía una muerte estremecedora, con escaso contacto con la realidad humana.

La galería de rocas negras y aguas luminiscentes les acogió como un enorme, pétreo corredor hacia una tumba infinita, más allá de aquellos astros, de los que Sonia Farrell dijera que temblaban de miedo…

Huían, huían con aire despavorido. Como si fuera posible huir hacia algún sitio en aquel planeta obsesivo. Como si el pobre cuerpo hinchado y gelatinoso de Albert Farrell pudiese hacerles algún daño, al emitir órdenes, igual que una estación-robot, intermedia entre una mente diabólica y poderosa, y unos corpúsculos vivientes, generadores de vida celular y destructores de la voluntad humana…

CAPÍTULO IX

MIEDO…

a noche no parecía terminar nunca en el Planeta Negro.

Quizá no habían soles allí. Acaso la órbita del planeta perdido fuese de tal modo que siempre mantuviera aquel lado de su superficie de espaldas al astro del día terrestre.

Fuese lo que fuese no había día.

Habían transcurrido horas, muchas horas. Martín Savage nunca supo exactamente cuántas. No porque durmiese, ya que se sentía incapaz de descansar, de dormir, de hacer algo que significara reposo, olvido, alejamiento de la alucinante realidad que vivía en aquella esfera demoníaca.

Horas que consumieron en correr a ratos, en volar otros, como si sus pies tuvieran alas. En andar. Un andar constante, agotador, que hacía gemir con angustia a Sonia Farrell, que la obligaba a andar

tambaleante, moviéndose junto a Martín Savage, sujetándose a él en forma casi patética para mantener el equilibrio, para seguir adelante, con los pies doloridos por la dureza y agresividad del suelo, por la interminable marcha, por la angustia que atenazaba sus espíritus maltrechos…

Y siempre sobre sus cabezas, la noche oscura, sombría, de brumas turbias, de franjas luminosas, cobrizas o purpúreas, de relampagueos tormentosos en la estratosfera. Más allá de todo eso, el temblor casi epiléptico de las estrellas, su parpadeo frenético, producido por la refracción en las brumas de la pesada atmósfera de nieblas. O quizá, como dijera Sonia, por un terror casi metafísico a los poderes de un infierno insospechado, en un rincón olvidado del Universo…

—No puedo… No puedo más, Martín —jadeó ella, cayendo de rodillas con fatiga.

—¡Vamos, un poco más! ¡Un poco más aún! —apremiaba con voz sorda Savage, tirando de la joven casi violentamente, arrastrándola a veces unas yardas sobre el abrupto suelo negro.

—No, no…, Martín. Descansemos aquí… Aquí…

No descansaron. Habían hallado la salida de la gruta. Una salida mucho más fácil de lo que ella temiera, y que estaba horadada en la roca viva del refugio de los Farrell.

Luego la marcha interminable, agotadora, implacable, sin un solo reposo, sin un momento de desfallecimiento, de voluntad vencida…

—Martín, por favor… Ahora, sí. Ahora detengámonos. Al menos una hora, unos minutos… No cerraré los ojos, no me vencerá el sueño. Seguiremos después…

—¡No! —atajó Martín, casi violento—. Todavía no. Vamos más allá, Sonia. Más allá… No podemos detenernos aquí.

Y fueron más allá. Más allá aún, hacia el negro y curvo horizonte.

Hasta que ya no pudieron más. Hasta que, físicamente, se sintieron agotados…

* * *

Los labios se despegaron unos de otros.

Tras el beso, Martín Savage se sintió culpable. Culpable de muchas cosas.

—¿Tenemos derecho, Sonia? —susurró, a flor de labios.

—Te quiero, Martín. Te quiero…, y te necesito. Creo que te quise siempre…

—¿Siempre? —La sorpresa, en el rostro de Savage, fue evidente. Ella rió.

—Oh, siempre, desde que te conocí en aquel vuelo. Ya me había casado con Albert. Una boda de compasión. Éramos dos enfermos, con los meses de vida contados. Él me amaba. Yo a él no. Pero ¿qué importaba eso entonces? Nos casamos. Después… ya conoces la historia, Martín.

—Tu marido aún vive, Sonia. Aún… *existe* como ente humano.

—Tú mismo dijiste que no, querido —rió ella, maliciosa, poniendo un dedo en sus labios—. ¿Lo has olvidado ya?

—Es…, es diferente. No hablaba… en este sentido, Sonia.

—Yo, sí —se inclinó sobre Savage. Sus ojos brillaban, triunfales —. ¿No lo entiendes, querido? Te amo. Te amo… Y sé que el pobre Albert… nunca volverá a ser ya el que fue. Morirá, agotado por ese horror…

—Sonia, no lo entiendes. Estamos cruzando todo este mundo por huir a un peligro atroz, estremecedor —señaló el terreno negro, abrupto, interminable. Se incorporó ligeramente en el promontorio para hacerlo—. Nos hemos detenido por poco tiempo. Seguiremos viaje inmediatamente. De no haber caído tú extenuada, con los pies maltrechos… aún correríamos.

—¿Hacia dónde?

—No sé… No sé nada, Sonia. Simplemente, trato de huir. De muchas cosas horribles. Pero no hay remedio. Posiblemente no haya remedio para ninguno de los dos. Si lo peor sucede, no quisiera que ello fuese tras una traición a un hombre hundido en un mal abominable.

—Martín, yo no deseo faltar a mi lealtad para con Albert —protestó Sonia—. Lo único que quiero… es que seamos felices. Te amo, me atraes…, y no quiero perderte. Me gustaste ya en el viaje espacial. Desde que te vi, Martín.

—Sonia…

—No quise perderte. Me dije que, si había de morir como decían

los médicos, si el tratamiento cósmico fallaba, no sería sin ganarme tu amor, sin sentirte así, junto a mí, sin besar tus labios siquiera una vez, y perderme en la firmeza de tus brazos…

Martín Savage no trató de discutir ni culparla esta vez. Sonia era terriblemente humana; egoísta, caprichosa, sensual, incluso cruel tal vez. Pero así eran los hombres y las mujeres, especialmente en los trances graves. Así había caído Pompeya. Y Roma, y Grecia toda… Y el Imperio egipcio, y Macedonia, y Persia, y acaso la Atlántida misma…

La besó. Luego, apartándose, la contempló con fijeza. Ella sonreía, radiante. No parecía importarle nada. Ni el lugar, ni su destino, ni la pesadilla atroz que estaban viviendo…

—Soy feliz —susurró—. Totalmente feliz, Martín.

—¿Es posible, Sonia?

—Sí. Te tengo a ti… y tengo la Eternidad por delante.

—¿La Eternidad? ¿Te refieres… a la muerte? —sonrió amargamente Savage.

—La muerte… o la vida. —Sonia rió—. ¿Sabes una cosa? Oí hablar una vez a Albert, en uno de sus extraños sueños con mandatos a distancia… Hablaba del agua luminiscente de este planeta. Y de sus propiedades…

—¿Propiedades?

—¿No lo sabes? Quien se humedece en ella… tiene la vida eterna.

—La vida eterna… ¡No es posible!

—Parecía muy cierto —aseguró ella—. Yo lo creo. Por eso te lavé con agua luminosa de la gruta. Ahora serás inmortal. Como yo, Martín…, Inmortales… siempre que no salgamos de este mundo.

—¡Oh, no! —gimió Martín, horrorizado—. ¡No quiero esa inmortalidad, Sonia! Prefiero ser como todos. Nacer, vivir… y morir. Lejos de aquí, en un planeta humano, entrañable, acogedor…

—Esto puede serlo para los dos… —Sonia hizo un gesto vago hacia la distancia—. ¿Sabes otra cosa?

—¿Qué, Sonia?

—Albert habló también… de la otra cara del planeta.

—¿La… *otra cara*? —Pestañeó Savage, perplejo.

—Sí —rió Sonia, mimosa, acurrucándose contra Martín Savage —. Como la Luna, como todos los cuerpos celestes… Hay también

«otra cara». Tiene que haberla, Martin. Y, según el eje y la órbita de este planeta, allí siempre será día luminoso. El suelo no será negro, sino florido y frondoso. Tendrá rica vegetación, luz y sol. Quizás haya ciudades radiantes, mundos hermosos para los seres que se aman.

—¡Estás soñando, Sonia!

—¿Por qué he de soñar? Yo tengo corazonadas, Martín. Sueño con eso. Y creo que existe. Me dice el corazón que es así. Una ciudad de plata y blancura. Mujeres hermosas, que mueren sin la presencia de hombres que endulcen su vida… Mujeres poderosas e inteligentes tal vez, pero incapaces de obtener el amor de un hombre arrogante, fuerte y hermoso, inteligente y sensible, capaz de hacer progresar esa vida. Un hombre sin enfermedades, sin mediocridad intelectual que sólo sirva para intermediario de mentes superiores, sino con mente propia, con iniciativa y poder intelectual, capaz de hacerle llevar muy lejos el poderío y grandeza de ese mundo…

—¿Y ese hombre sería yo? —rió Martín, mirándola perplejo.

—¡Sí, querido! —dijo ella, apasionada—. Serías tú… ¡*tú*! El Elegido… El Hombre de Lumnia…

—¿Lumnia?

—Sí, la cara del planeta de eterna luz de día se llama Lumnia. Y Umbría esta cara terrible, sólo poblada por infracriaturas, por simples y dóciles «planctiformes», en aguas pantanosas…

—Demasiada fantasía, querida —rió Martín agriamente—. La cabeza me da vueltas.

—Hazme caso, Martín. Busquemos esa tierra prometida. Acaso exista. Sígueme. Olvídate de mi cuñado Ross, de tus amigos Braun, Larsen y los demás… Y, sobre todo, de esa chica, Janet Owens, a quien creíste matar…, cuando no eras tú mismo. Olvídalo todo. Sólo yo, Sonia. Te amo. Vamos a buscar ese Edén sin igual… Tal vez allí sea una reina poderosa y soberbia, necesitada de amor, necesitada de un Rey para mí, para mi mundo perfecto y hermoso…

—Mi querida Sonia, me aturdes —bostezó, meneando la cabeza —. Casi logras que me crea esa leyenda. ¿Existe el Olimpo acaso?

Sonia le miró desalentada. Luego movió también la cabeza con triste sonrisa. Era como si despertara de un sueño bellísimo e imposible.

—Tienes razón —gimió—. ¿Adónde me llevó mi fantasía? Perdona, Martín, querido…

—Sonia, tengo sueño… Y miedo de dormir…

Las manos de ella acariciaron suavemente su piel, su rostro, sus manos. Le susurró, besando su oído:

—Duerme, querido. Duerme. Yo dormiré junto a ti. Aunque sólo sea una hora, unos minutos… y luego sigamos huyendo. Nos hará mucho bien, ya verás…

Martín Savage cerró los ojos. Poco después, dormía profundamente.

Sonia Farrell le miró, sin dejar de acariciar su piel. Se inclinó. Le besó. Luego…

—Te amo, Martín —dijo a flor de labios—. Te amo…, quizá demasiado. Eres hermoso, fuerte e inteligente…

Pero Martin Savage no se movió. Dormía. Sonia miró al horizonte negro, curvo, sombrío. Como si tras la Umbría del planeta negro existiera la mítica Lumnia citada en su delirante cuadro imaginativo…

* * *

Sonia Farrell estuvo pocos segundos contemplando el horizonte. Luego se inclinó hacia Martín Savage. Abrió sus labios, muy cerca de la boca de Martin…

Éste abrió los ojos. La miró fija, fríamente.

Ella chilló, retrocediendo con un respingo. La pasión brillaba en sus ojos dilatados. La boca entreabierta pudo ser hermosa, como lo era antes, en el momento de besar a Martín.

Sólo que, ahora, el rostro era extrañamente rugoso, lívido, blando y fofo, como hecho de una materia de pura gelatina o grasa translúcida y fría. Un horror viviente, inclinado sobre Martín, quien palideció, al tiempo que saltaba hacia atrás, alejándose de ella, de sus manos viscosas, repentinamente blandas y fétidas, amorfas y fláccidas…

—¡Nooo! —chilló ella, convulsa, con una horrible voz aguda, cubriéndose de su mirada fría, penetrante, con un movimiento instintivo de brazos.

Y Martín Savage la acusó roncamente, lleno de horror:

—Dios mío… Es peor de lo que imaginé. ¡Mucho peor, Sonia…! Sabía que no eran fantasías lo que dijiste. Que tú… Tú…, *eres de este planeta*. Que eres el cerebro central de todo este horror que vivo… Pero ¡nunca imaginé un espanto así!…

CAPÍTULO X

SIN MÁSCARA



o mires, no mires! —aulló Sonia Farrell, convulsa, encogiéndose en el negro suelo, huyendo a su mirada—. ¡No ahora, Martín…, por favor!…

—Sí, Sonia. Te miro…, y veo lo que *realmente eres*. Así sois las mujeres de Lumnia, la zona de luz del planeta, ¿no es cierto? Seres feos, repugnantes, siniestros…

—¡Nooo!

—¡Sí, eso es lo que sois! ¡Perecéis, sois una raza parecida a la humana, decadente y blanda, todo cerebro y *nada más*! Es evidente que no soportáis mucho tiempo la máscara, ¿verdad? El engaño, como un buen maquillaje, o un antifaz, ha de quitarse alguna vez. ¿Cuándo? Aprovechando el sueño de tu compañero, en un momento cualquiera. Entonces dejas de ser Sonia Farrell, para ser la mujer, acaso la Reina que citaste antes… ¿Y quieres hacerme tu esposo,

llevarme a tu mundo de horror y fealdad, Sonia? ¿Y por eso hiciste todo? ¿Destruir a tu esposo, desviar esas expediciones, provocar el caos que has provocado, tergiversando, transformando astutamente todo el aspecto aparente de esta misteriosa aventura?

—No, Martín, no sigas. Yo…

—Espera, Sonia. Creo saber la verdad. Toda, o casi toda la verdad terrible que se ha escondido tras de tu máscara. Nunca hubiera imaginado tanto horror, por tan simple causa.

—¿Simple causa? ¿Llamas simple causa…, a la necesidad absoluta de llevar a mi reino a un hombre capaz de ser el amo de este mundo, Martín Savage?

—Para provocar todo esto, resulta espantoso, Sonia. Tu mente es demasiado fría y perversa tal vez, para darse cuenta de toda la magnitud del mal que provocaste. Sonia, yo…, yo creo que tú partiste de este mundo con rumbo a algún planeta habitado por seres que sirvieran para tus designios. Y lo hallaste en la Tierra. Allí, indudablemente, elegiste a tu hombre. Pero creo que antes tus células de diferente estructura debieron enfermar en la Tierra, tomando un aspecto de tumor. Eso, que limitado a ciertos espacios de tiempo, tras los cuales has de volver a tu normal y primitiva forma, te hizo ir como enferma a un centro anticanceroso, donde conociste a Albert Farrell. Y entonces supiste que se preparaba un viaje al espacio, para estudiar la acción de los rayos cósmicos en ciertos tejidos enfermos de tumor. Rápidamente, trazaste un plan audaz y fantástico: enamorar a aquel enfermo seleccionado, Albert Farrell. Te casaste con él; eso te ligaba al experimento como otro viajero del «Pilgrim II». De ese modo, volvías al Cosmos…, pero con un hombre. No te satisfacía del todo, pero era mejor que nada. Una vez aquí, sería el momento de revelarle la verdad. El pobre Albert nunca sospechó eso al emprender contigo el viaje. Ni tampoco Ross, para quien siempre fuiste una cuñada eminentemente atractiva, enamorada y digna.

—Martín, por favor. No insistas sobre eso… —Su faz volvía a tomar la forma angelical, dulce y hermosa, que poseyera siempre Sonia Farrell, la mujer inexistente, creada por la magia mutante de una hembra de aquel mundo negro y siniestro—: Cuidaré de ser siempre hermosa ante ti. Pero ven a mi mundo, a Lumnia… Serás el más poderoso ser de los espacios. Inmortal, arrogante y hermoso

como Apolo…

—No, Sonia. Esta locura termina donde empezó. Muere en ti misma. No debiste elegir ese camino. Ningún hombre puede ir a tu reino demoníaco, por hermoso que sea. No me llevarás allá jamás. Te he dejado actuar para ver hasta dónde eras capaz de llegar. Primero, pensé que eras solamente una mujer caprichosa. Luego vi algo más oscuro y terrible en tus actos. Tu mayor error fue nombrar a Ross, a Janet y a los demás. No te había dicho sus nombres. *No podías* conocerlos. Pero si eras *tú misma* la que transmitía órdenes telepáticas de gran intensidad, utilizando a Albert como medio transmisor, entonces sí. Era posible que lo supieras todo…, porque lo controlabas todo desde este mundo. Tú me dirigías a mí a distancia. Lo estabas haciendo cuando ataqué criminalmente a Janet, cuando quise destruirles a todos… A veces, me liberaba de tu influencia, como al escribir aquella confesión que no terminé. O como al salvar de morir a mis compañeros de viaje, tirándoles al arroyo de los «planctiformes»…

—Yo no soy perversa, Martín. ¡Tienes que escucharme! —aulló ella, furiosa—. ¡Todo fue cosa de ellos, de los «planctiformes»! ¡Son los que ejercen influencia y dominan de una forma irresistible al ser de quien se apoderan!

—Mientes otra vez —sonrió tristemente Savage—. Creo que, en realidad, los «planctiformes» son elementos inocuos, *absolutamente* inofensivos. No causan mal a nadie. Por el contrario, se limitan a servir de «receptor» de ideas, que transmiten a la mente del interesado…, siempre que tú, su «emisora», poseas un ser como *medium* o «reproductor» de ondas telepáticas. Lo que era Albert, reducido a la simple condición de monstruoso receptor y emisor de ideas y órdenes mentales a cualquier distancia, incluso galáctica. Acaso un tratamiento especial con «planctiformes» le dio ese aspecto. Pero no por los «planctiformes» en sí, que solamente actúan como regenadores de células y creadores de nuevas moléculas, sino por ti, Sonia. Solamente por ti. Todo estuvo equivocado aquí desde un principio. Te interesaba acusar a esos pequeños e insignificantes corpúsculos de Umbría, que nada malo hacían adhiriéndose a un ser, vivo o muerto. Por el contrario, infundían vida a un muerto físico, y sanaban a un enfermo terrestre, por ejemplo. Esta segunda vez, los «planctiformes» no me causaban

efecto alguno. ¿Por qué? Porque tú no transmitías tus órdenes *contra mí.* Ya me habías elegido, ¿verdad? Pensaste que yo, Martín Savage, era mejor esposo de la reina de Lumnia que Albert Farrell. Y eso lo cambió todo. Actuaste sobre mí de un modo muy distinto. Me… me *atrajiste*, sin yo advertirlo, hacia tu refugio oculto. Y así nos encontramos de nuevo, Sonia.

Sonia Farrell le contemplaba fijamente, con sus radiantes pupilas de bella terrestre. De nuevo la máscara de carne. Pero ahora ya no podía engañar a Martín Savage. El único hombre precisamente a quien hubiera deseado engañar.

Martín Savage que sabía, por fin, lo que había tras la máscara. La verdad tenebrosa de aquel enigma espacial…

—Entonces, Martín Savage, has llegado al final del camino —dijo lentamente ella—. Lo sabes todo sobre mí y sobre mis proyectos…

—Sí, todo, Sonia. Sin tu influencia, ninguno actuará criminalmente. Sin ti, este planeta no tiene nada de maldito ni sus pequeñas criaturas de Umbría pueden hacer nada, salvo ayudarnos con sus propiedades portentosas sobre las células. Ellos pueden ser, un día, origen de la auténtica curación de los tumores, por la renovación total de células enfermas por células nuevas y sanas… Eres tú el tumor del Planeta Negro, Sonia. Tú, y tu pasión delirante, enfermiza, por un rey para tu reino en el hemisferio de luz…

—Acertaste en todo. Eres muy inteligente, Martín Savage. Harías un gran Rey de mi ciudad maravillosa. Elige, porque aún estás a tiempo. Te amo, deseo llevarte conmigo a mi mundo. No te mentí: serás poderoso e inmortal. Elige, Martín Savage.

—Elegir, ¿qué? Entre esa vida eterna en tu mundo de maravillas de radiante aspecto y hediondo fondo… ¿o qué?

—Entre eso… o la muerte —silabeó ella.

—¿La muerte? Dijiste que el agua luminiscente daba la inmortalidad…

—La da, es cierto. Pero yo puedo quitártela ahora. Y lo haré, Martín. Te mataré. Definitivamente. Perecerás aquí, si yo lo deseo, porque mi poder mental es suficiente para ello. Y de esa muerte, ni los «planctiformes» ni nadie puede hacerte regresar. ¿Eliges?

Martín Savage pensó con rapidez. Sin saber apenas la razón, pensó en una muchacha morena, agresiva y hermosa: Janet Owens.

Sonrió con dulzura, con tierna expresión. Ávida, engañada por ese gesto, Sonia extendió lentamente sus brazos hacia él…

—Ya está elegido, Sonia —musitó Martín.

—¿Y es…?

—La muerte.

Vivo y rápido fue el gesto de Sonia Farrell al echarse atrás. Retiró sus manos, como si el aire abrasara. Miró, delirante de odio, a Martín Savage. Su furia no tuvo límites, y se irguió, soberbia, frente a él.

—Muy bien —musitó—. Has elegido. Hágase tu voluntad, Martín Savage, maldito loco. ¡Muere, si es tu deseo!

Y clavó en él unos ojos ardientes, que parecían taladrarle.

—¡Muere, Savage! —repitió, con voz ronca.

Martín sabía que toda su mente, su enorme, poderosa mente, estaba fija en esa idea. Una mente capaz de matar, de destruir a distancia. Sintió que le zumbaban las sienes, enrojecían sus ojos, y unas palpitaciones violentas subieron por su cráneo.

De un momento a otro, reventarían sus venas, sus arterias todas. Lo sabía. Estaba seguro de eso. Y no podía moverse. No podía hacer nada, absolutamente nada por evitarlo. La fuerza de aquella mujer diabólica le mantenía rígido, inmóvil, vencido…

Iba a morir. Al siguiente segundo, tal vez al otro… pero no más tarde.

CAPÍTULO XI

SIN MIEDO EN EL ESPACIO


artin Savage no supo lo que sucedía.

No era aquello lo que tenía que ocurrir. Pero ocurrió. Fue testigo de ello, lo vio sin dar crédito a sus ojos.

Sonia Farrell lanzó un grito ronco. Uno solo, pero terriblemente doloroso. Dilató sus ojos, se llevó ambas manos crispadas a las sienes…

Luego, rodó de bruces, a los pies de Savage. Dio un vuelco todavía, hasta quedar boca arriba, mirando a las estrellas de Umbría, la noche eterna de aquel planeta negro y fantasmal…

Lentamente, la normalidad volvió a Savage. Notó que la sangre circulaba por sus venas con normalidad, la cabeza se le despejaba, y una especie de soplo de aire, de frescor y de vida le asaltaba, inundándole felizmente.

—Sonia… —murmuró roncamente, inclinándose sobre ella—. Sonia…

Vio el hilillo de sangre que fluía de su nariz. Y la paulatina, atroz deformación de su rostro y sus manos, cobrando de nuevo el lívido, fláccido y gelatinoso aspecto de la primitiva mujer planetaria que ocultaba la falsa Sonia.

Estaba muerta. Y la muerte le devolvía a su forma original. La muerte siempre devuelve a cada uno aquello que escondió en vida, pensó Savage gravemente.

Empezó a alejarse lentamente, dejando atrás aquella forma inerte, adiposa, horripilante que una máscara de carne hiciera parecer hermosa.

—No puedo…, no puedo entenderlo… —musitó lenta, cansadamente, alejándose por el suelo negro de aquel mundo de pesadilla.

Solo y cansado; roto y vacilante, bajo las estrellas lejanas y las brumas de la atmósfera turbia. Como si él fuera el único ser viviente en toda la masa de aquel planeta negro y envuelto en noche eterna…

* * *

Después, muchas cosas fueron comprendidas.

Quizás las últimas. Las que faltaban para explicar cómo aquella mujer, Sonia Farrell, la reina planetaria cuyo nombre auténtico jamás sabría, había muerto tras la aventura diabólica de arrastrar a su perdido asteroide del Sistema Solar a unos pasajeros con otro destino.

Martín Savage supo todo eso cuando entró en la amplia caverna, en la gran plaza de alta bóveda donde dejara al infortunado monstruo que era Albert Farrell.

Porque allí, llorando sobre el cuerpo informe, estaba Ross Farrell, su hermano. Y más allá, una hilera de pálidos rostros: Héctor Larsen, Luther Braun, Ralph Wallach, Rhonda Stuart, Eileen Cortland… y Janet Owens.

—¡Martín! —gritó Janet, lanzándose en sus brazos impulsivamente.

—Janet…, mi vida —jadeó Savage, sin comprender aún,

envolviéndola en sus brazos, firmes y musculosos—. Ya eres tú nuevamente… Ya todos sois los que fuisteis siempre…

—Sí, Martín… Y ahora lo sabemos todo…

—¿Todo? —La miró, perplejo—. ¿Cómo podéis saber…?

Se volvió a los demás. Ellos sonreían, como saludando al amigo, al buen amigo y camarada de quien se ha dudado cruelmente. Fue Ross Farrell, su peor enemigo, quien primero habló, levantando su rostro lloroso del inmóvil Albert Farrell:

—Él, mi hermano… ha muerto.

—¡Muerto! —musitó Martín—. Aún vivía cuando yo lo descubrí. Pero tal vez sea mejor así…

—Sí, tal vez, Martín —sollozó Ross—. Era… era una piltrafa horrible. Eso es lo que Sonia hizo con él, tú lo sabes…

—Sí, lo sé. Pero ¿cómo pudisteis saberlo vosotros, Ross?

—Él habló. Cuando llegamos aquí y le encontramos, nos lo refirió como pudo. Fue tu llegada aquí, amigo Martín, la que le dio ánimos, fuerza para un único, postrer acto de rebeldía… Y lo logró. Logró neutralizar los mensajes telepáticos de Sonia… y liberarnos del hechizo a distancia. Nos guió hasta acá, y cuando le hallamos, nos lo refirió todo. Luego… luego nos avisó. Sonia le enviaba una poderosa corriente mental. Una orden telepática capaz de matar, de destruir con su intensidad de ondas…

—Sí, iba a destruirme a mí…

—Lo sabemos. Albert lo refirió, entrecortadamente, luchando a la desesperada contra esa orden que no quería remitir, intensificada con su poder de «repetidor» o amplificador mental a voluntad de Sonia…

—¿Y entonces…?

—Entonces… devolvió la orden. La repelió, directamente hacia Sonia. Hizo suya la voluntad de ella, añadió la suya propia, centuplicada por su afán supremo… y sin duda eso rompió los nervios y el cerebro de Sonia, al recibir el impacto mental.

—De modo que así fue. Ella murió porque Albert Farrell supo vengarse…, y salvarme. Y murió a su vez, como tributo a esa gran hazaña…

Ross lloraba, asintiendo en silencio. Martín Savage les miró a todos. Luego, meneó la cabeza, y se inclinó para besar a Janet. Murmuró:

—¿Sabéis algo más? Soy inmortal. Todos podemos serlo… mientras no salgamos de aquí. Pero yo estoy deseando salir. Lucharemos como sea posible por lograrlo. Si los pequeños y simpáticos «planctiformes» nos pudieran ayudar…

—Lo harán, estoy seguro —musitó Braun, estremeciéndose—. No quiero la inmortalidad aquí, Martín.

Prefiero vivir y morir en mi viejo y conocido mundo…

—Cuando salgamos iremos al Asteroide-Hospital. Nos llevaremos «planctiformes», para su estudio. Puede que sean lo mejor de esta horrible aventura, en que nuestros restantes compañeros debieron morir, aniquilados por Sonia…

—Sí, todos perecieron. Albert lo refirió —corroboró Ralph Wallach.

—¿A qué esperamos, para trabajar lo antes posible en rehacer algo de las naves perdidas, un medio cualquiera para volar a la Tierra, antes de que otra Reina como Sonia venga por nosotros? —Gruñó Héctor Larsen, abrazando a Eileen Cortland con una expresión inequívoca.

Savage asintió. Salieron de la gran caverna, para iniciar la tarea, dejando en ella a Ross, a solas con su hermano muerto tras la gran gesta de rebeldía póstuma.

Arriba, a pesar de las brumas, las estrellas parecían brillar más fijas, menos temblorosas.

—Mirad —susurró Martín—. Parece como si hubieran perdido el miedo…

Le miraron, sin entender. Savage suspiró; se encogió de hombros y masculló:

—Vamos, a trabajar. Nos llevará algún tiempo abandonar este maldito lugar…

* * *

Martín Savage, afortunadamente, se equivocó.

Una nave de la Central Cosmonáutica de la Tierra, enviada por su amigo, el jefe de controles de ruta, sobre los cálculos exactos de situación del asteroide fantasma, dados por Howard, el observador, hendía ya el espacio, en busca de los posibles supervivientes de la nueva desaparición espacial.

Ellos aún no lo sabían. Pero pronto tendría lugar el encuentro. Y el retorno.

Un retorno que sería como volver de un mundo de horror, perdido en un vacío negro y eterno, semejante a la muerte.





Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Rigurosamente cierto. 60 billones de partículas de ADN existen en cada ser vivo. En todo tejido humano se halla la materia ADN, según los doctores Barricelli y Beadle (N. del A.). < <